

PRIMEROS ASEDIOS CRÍTICOS DEL ESTRENO DE *LA ESFINGE* DE UNAMUNO

First Critical aproximations to the first performance of Unamuno's La Esfinge

Antonio HENRÍQUEZ JIMÉNEZ

Centro Asociado de la UNED de Las Palmas de Gran Canaria

Correo-e: ahenriquez@wanadoo.es

Fecha de aceptación definitiva: 16/02/2009

RESUMEN: Se presentan las noticias y comentarios que se han podido reunir sobre el estreno, en Las Palmas de Gran Canaria, el 24 de febrero de 1909, de *La Esfinge*, primera obra teatral de Miguel de Unamuno.

Palabras clave: *La Esfinge*, teatro, Miguel de Unamuno, Islas Canarias, reseñas, Federico Oliver, Carmen Cobeña, Tomás Morales, Manuel Macías Casanova, Alonso Quesada, Francisco González Díaz, *Fray Lesco*, *Roger de Flor*, Ramón Gil Roldán, *Luis Once*, J. Cabrera Díaz.

ABSTRACT: This work presents a recollections of news and commentaries about the first performance of Miguel de Unamuno's *La Esfinge*, in Las Palmas, the 24th of february of 1909.

Key words: *La Esfinge*, theatre, Miguel de Unamuno, Canary Islands, reviews, Federico Oliver, Carmen Cobeña, Tomás Morales, Manuel Macías Casanova, Alonso Quesada, Francisco González Díaz, *Fray Lesco*, *Roger de Flor*, Ramón Gil Roldán, *Luis Once*, J. Cabrera Díaz.

Presento los ecos del estreno de *La Esfinge* de Unamuno a comienzos de 1909 en las Islas Canarias.

LA ESFINGE EN LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Los periódicos de Las Palmas de Gran Canaria *La Ciudad* y *La Mañana*, donde escriben sobre todo los intelectuales jóvenes, vienen preparando el terreno al estreno de *La Esfinge* de Unamuno por la compañía de Federico Oliver y de Carmen Cobeña. El 19 de septiembre de 1908, *La Mañana* anuncia estreno de la obra por la compañía dramática de Carmen Cobeña, en la *tournee* por las islas de finales de 1908 y principios de 1909¹.

No es casual que en el número de 20 de febrero de 1909 publiquen ambos periódicos la entrevista de Domingo Doreste con Unamuno, titulada «La cuestión de Canarias. Divagando con Unamuno», tal como aparece en la *Revista de Municipios*², donde el ensayista canario, entonces en Salamanca, intenta arrancarle al entrevistado opiniones sobre los problemas del archipiélago³, y lo hace, manifestándose don Miguel proclive a la división provincial. En el mismo número de *La Ciudad*, en frente mismo del artículo de Doreste, en la página 3, sección «Información», aparece el suelto titulado «Gratitud a Unamuno», donde se pide la asistencia a la representación apelando a sus «declaraciones decisivas a favor de la división de la Provincia». Dice:

1. Se ha venido diciendo que la Compañía iba de paso hacia América, cosa no cierta. A finales de 1908 estuvo actuando en Santa Cruz de Tenerife; pasó luego a Las Palmas de Gran Canaria, donde se estrenó *La Esfinge*; de nuevo fue a Santa Cruz de Tenerife, donde también se representó la obra; y de allí marchó a Cádiz.

2. Madrid, año II, n.º 19 (31-I-1909), pp. 1-2: «La cuestión de Canarias. (De nuestro redactor en Salamanca). Divagando con Unamuno», con un retrato del «Sr. D. Miguel de Unamuno». (Agradezco la reproducción fotográfica a la investigadora María del Carmen García Martín). Al aparecer dos renglones de puntos suspensivos en la publicación, el primero después del párrafo 8; el segundo, después del párrafo 10 (el texto contiene 12 párrafos), ha llevado a afirmar que se trata de un extracto de la entrevista. No he llegado a averiguar si los puntos suspensivos son obra de Doreste, o de la revista. En *La Mañana*, el título abarca todas las columnas del periódico, mientras que el texto de la entrevista cubre sólo la primera columna y buena parte de la segunda. Antes del texto, aparece una introducción en la que se señala la procedencia y la importancia del entrevistado y se felicita a «nuestro inolvidable Director, que ha sabido poner su pluma al servicio de ideas tan hermosas como las que expone Unamuno.» En 1910 la publicará el periódico leonino *Diario de Las Palmas* (1-VII-1910), con el mismo título con que se había publicado en la revista madrileña. La intención de esta publicación es recordarle a Unamuno, todavía en la isla con motivo de los Juegos Florales, y al público que lo había escuchado en sus discursos, lo que había manifestado el año anterior, señalando con cursiva ciertas partes del escrito. La reproducción en el *Diario de Las Palmas* viene precedida por la siguiente introducción: «Por estimarlo de gran actualidad reproducimos a continuación la *interview* que celebró en Salamanca, en enero de 1909, con el Sr. Unamuno, nuestro compañero don Domingo Doreste y Rodríguez, en la cual verán nuestros lectores cómo el ilustre Rector de aquella Universidad se ha manifestado francamente divisionista, al ocuparse entonces del “problema de Canarias” calificado así por él mismo, en la *interview* a que nos hemos referido».

3. Véase más adelante la carta de Unamuno a González Díaz, publicada el 16 de marzo de 1909, en *Diario de Las Palmas*, en la que le dice que atribuye buena parte del éxito del estreno de su obra «a cierta predisposición favorable hacia mí», que ha recibido muestras de simpatía de canarios, «y es una de las cosas que me movió a dar mi parecer sobre el problema local que ahora les agita».

El miércoles se estrenará en nuestro teatro la primera obra dramática del ilustre Rector de la Universidad de Salamanca don Miguel de Unamuno, obra no representada aún en ningún teatro.

El Sr. Unamuno manifestó a la Sra. Cobeña que deseaba hacer su presentación⁴ como autor dramático en el Teatro de Las Palmas, país por el que siente grandes simpatías y que se propone visitar en breve.

Es una atención que los canarios debemos agradecer al ilustre catedrático, orador y escritor. El público sabrá ser agradecido y llenará⁵ esa noche el teatro Pérez Galdós, para tributar merecida ovación al Sr. Unamuno, que acaba, también, de hacer declaraciones decisivas a favor de la división de la Provincia.

Al contrario que los periódicos de Tenerife, los de Las Palmas no dan referencias de la representación de la obra en Santa Cruz, ni de los artículos que la obra genera en la ciudad vecina. Desde Las Palmas se trasladó a Tenerife un grupo de personas, entre ellas Rafael Romero Quesada (*Alonso Quesada*)⁶, al estreno allí de la obra de los hermanos Millares *María de Brial*, y de *La Esfinge* de Unamuno.

La obra se estrenó el miércoles de ceniza (el 24 de febrero de 1909), como lo anunciaban los periódicos y recordará Francisco González Díaz en su reseña publicada en La Habana. Es muy posible que el grupo de seguidores de Unamuno (entre ellos los dos primeros reseñadores de la obra, Manuel Macías Casanova y Tomás Morales) asistieran a los ensayos, como también el anónimo reseñador del *Diario de Las Palmas*, que transcribe un fragmento de *La Esfinge* que ningún otro menciona. Algo parecido ocurriría con el que firma en Tenerife como *Luis Once*, o con el acérrimo defensor de la obra, allí, Ramón Gil Roldán.

Los reseñadores de *La Esfinge* en Canarias coinciden con varias de las opiniones e inquietudes que el profesor García Blanco⁷ presenta sobre la época de

4. En el periódico: «representación».

5. En el periódico: «llevará».

6. La noticia la da el periódico *La Ciudad*, el 26 de marzo de 1909, en el apartado «Ecos sociales»: «Anoche regresó de Santa Cruz nuestro querido compañero y amigo don Rafael Romero». También regresan Federico Oliver y Carmen Cobeña. De éstos dice: «Los señores de Oliver estarán entre nosotros hasta el 31 del actual, día en que marcharán para Cádiz». También regresaron de Tenerife el empresario teatral Demetrio Alfonso, Antonio Marrero González y Ramón Gómez Bonnet. Se da noticia de que los artistas de la compañía de Carmen Cobeña embarcaron el día anterior en Santa Cruz de Tenerife hacia Cádiz.

7. GARCÍA BLANCO, Manuel. Miguel de Unamuno, *Obras Completas (Tomo XII. Teatro)*. Madrid: Afrodisio Aguado, S. A., 1958, «Prólogo». NUEZ CABALLERO, Sebastián de la, en su *Unamuno en Canarias. Las islas, el mar y el destierro* (Santa Cruz de Tenerife: Universidad de La Laguna, 1964) da cuenta de las observaciones de García Blanco, añadiendo un fragmento de la carta de Unamuno a Pérez Galdós de 30-XI-1898 en que le habla de la obra (noticia de que Galdós tenía el manuscrito aparece en la carta [9-V-1900] de Unamuno a *Clarín* citada por García Blanco en la p. 14 de su «Prólogo»), y comentando más ampliamente las reseñas de Macías Casanova y de Tomás Morales. Véase la «Introducción» de José Paulino a su edición de *La Esfinge. La Venda. Fedra* (Madrid: Clásicos Castalia, 1987), donde completa datos de los estudios de García Blanco, Iris M. Zavala, A. Franco y otros, sobre la génesis de *La Esfinge*, en relación con la crisis de 1897 y los escritos que tratan sobre ella. Con todo ello se ponen en evidencia los aspectos autobiográficos de la obra. José Paulino cita en la Bibliografía los trabajos de Sebastián

gestación de la obra. Veremos cómo un *Br. Corchuelos* (que no es otro que el periodista y político revolucionario tinerfeño, que tuvo que exiliarse en Cuba, José Cabrera Díaz), al dedicarle tres artículos a *La Esfinge*, en marzo de 1909, se pregunta por la fecha del origen de la crisis de Unamuno y cita unas palabras del banquete que le dedicaron en Salamanca por el estreno de la obra en Las Palmas, en las que Unamuno habla de su *Nicodemo*, como hace el profesor Manuel García Blanco, aduciendo cartas a Corominas y a *Clarín* (*op. cit.*, p. 14). Y habla de *La Esfinge* como «un gemido intenso», algo parecido a los «gemidos de dolor» que Unamuno encuentra en su drama, según la carta a Ganivet que se presenta en el «Prólogo» citado (*op. cit.*, p. 12). También González Díaz habla de lo autobiográfico que hay en el personaje principal.

Macías Casanova alude a la «fuerza de visión ibseniana»; Jiménez Illundáin, en los fragmentos de cartas que nos presenta García Blanco, habla de «corte ibseniano» (p. 22); lo mismo que Juan Barco (p. 41). El anónimo reseñador de *Diario de Las Palmas* afirma que la factura de la obra sólo halla «parangón en el teatro de Ibsen» (por lo demás, por tres veces, alude al carácter shakespereano del personaje). Tomás Morales cita palabras de Rubén Darío sobre «ibsen», de *Los Raros*.

Tomás Morales dice que la obra es teatral en cierto sentido; Jiménez Illundáin le dice claramente a Unamuno que no lo es; *Luis Once* dirá que no es teatral. Lo mismo afirmará Francisco González Díaz, al decir que «no es propiamente una obra escénica». A Ramón Gil Roldán, no le importa que la obra no sea teatral, cuando es vida, realidad y arte. Sebastián de la Nuez, en el trabajo citado en nota, habla de la coincidencia de Morales con la opinión de Illundáin en que la obra «es humana, inmensamente humana», pues los protagonistas «se ve que son humanos en el sentido que sabe usted tiene esta palabra entre críticos y vulgo»; otra coincidencia que señala es la de «destacar el carácter complejo, paradójico, incongruente» del protagonista, Ángel, «en torno al cual se debaten las dudas, las inquietudes, la fe y la esperanza, que en el propio Unamuno se debatían». García Blanco, al final de la cita de la reseña de Tomás Morales (p. 58), señala la concomitancia de la

de la Nuez y de Alfonso Armas (de éste, sólo el de 1960, y no el de 1963). En nota, se hace eco de las noticias que allí se dan sobre el estreno de *La Venda* en el «Teatrillo» de Luis Millares, en 1911, que, posiblemente, reuniría, poco más o menos, la misma cantidad de espectadores que en el estreno de *La Esfinge* en el Teatro Pérez Galdós. El año anterior, el 15 de julio de 1910, Unamuno, en su conferencia de despedida de Las Palmas, en el Teatro Pérez Galdós, leyó *La Venda*. Alfonso Armas Ayala trató del estreno de *La Esfinge*, comentando sucintamente las reseñas de Macías, Morales y González Díaz; y manipulando un artículo de *La Mañana*, no firmado por Domingo Doreste, en el que se da cuenta de lo dicho por Unamuno en el banquete ofrecido en Salamanca con ocasión del estreno en Las Palmas (*Unamuno y Canarias [Capítulos de un libro]*. Tirada aparte de los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, X, 1960. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1960). Este trabajo, ampliado con fotografías y textos de Unamuno, se volvió a publicar, con el descuido señalado, y otros más, en el *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 9, 1963, pp. 335-335, bajo el título «Del aislamiento y otras cosas. Textos inéditos de D. Miguel de Unamuno». Introducción y notas por ARMAS AYALA, Alfonso. La parte nueva comienza en la p. 366. Otros investigadores, al basarse en estos mismos descuidos, siguen divulgando las mismas inexactitudes.

opinión del poeta canario con «una de las observaciones que Juan Barco le hacía a Unamuno después de leer su drama». Es cuando Morales se pregunta si Ángel es «efectivamente el carácter atormentado del que hemos querido dar idea en los párrafos anteriores, ¿o es solamente su desequilibrio causado por una de esas *poses* tan frecuentes en los hombres de genio? Esto no queda claramente planteado en el transcurso de la obra». Morales considera «de una belleza suprema» la escena del ajedrez del primer acto; Juan Barco le dice a Unamuno que «es muy bella». El anónimo reseñador de *Diario de Las Palmas* encuentra «grandes bellezas» en el tercer acto, pero muy larga la agonía de Ángel; Juan Barco encuentra «muy hermosas tiradas de prosa [...], pero quizá no hagan en el público todo el efecto» que Unamuno se propone.

Creo que José Betancor Cabrera, firmando como *Ángel Guerra*, se refiere a *La Esfinge* cuando comenta, en el artículo «Vida Nueva»⁸, la personalidad de Unamuno y cuenta cómo lo había conocido por aquellos días. Relaciónense sus palabras con las noticias que en nota se dan sobre Galdós, y repárese en la mentada filiación ibseniana de la obra. Dice:

Yo le he conocido en estos días. En casa de Galdós leyó un drama y en el despacho de Rueda dio a conocer las primicias de una novela. Ambos trabajos son inmensos por la concepción, profundos, algo monstruosos en su esencia, en sus alcances, pletóricos de salud espiritual, de altruismo filosófico, tienen algo de epopeya en la síntesis gigantesca, reflejo del alma contemporánea y tienden al simbolismo, a la representación de ideas, como el teatro de Ibsen y los poemas de Goethe.

García Blanco, en el «Prólogo» citado, habla de la recepción de la obra de teatro de Unamuno, cuando su estreno en Las Palmas de Gran Canaria: «Estreno de *La Esfinge*: 1909» (pp. 53-61). Aduce la larga reseña de Manuel Macías Casanova⁹ (de la que cita cuatro párrafos, sin respetar a veces los apartes del original, posiblemente por problema de espacio); también habla de la reseña de Tomás Morales, citando partes. Posiblemente no creyera de interés la reseña de González Díaz del *Diario de Las Palmas* y la otra reseña, sin firma, del mismo periódico, ya que las relega a la «Bibliografía» (p. 194).

8. *La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife, 22-XII-1900, jueves, pp. 1-2; *Las Efemérides*, Las Palmas de Gran Canaria, 24-XII-1900.

9. Un año y varios meses más tarde, al despedirse Unamuno de Las Palmas («La despedida de Unamuno. Un recuerdo puro», *La Mañana*, 20-VII-1910), dice de Macías: «Me llevo el recuerdo del silencio fiel de Macías Casanova, que me ha acompañado por donde quiera. Y no es poco tener un silencio vivo, no muerto, por escudero. Y ese silencio era también una protesta. Más protesta que los estampidos de más de un declamador sedicente revolucionario». (En *Obras Completas*, tomo X, *Autobiografía y recuerdos personales*. Madrid: Afrodísio Aguado, S. A., 1958, pp. 209-213). Cuando se electrocutó en un poste de la luz, Unamuno escribió el sentido escrito «Por Manuel Macías Casanova» (*La Mañana*, 30-IX-1910), que se puede leer en las páginas 214-217 del tomo citado de *Obras Completas*. Véase también su recuerdo en el Prólogo a *El lino de los sueños*, libro de poemas de Alonso Quesada (1915), en el tomo VII (*Prólogos. Conferencias. Discursos*), páginas 327-333. Macías falleció cuando contaba 20 años.

En *La Ciudad*, periódico donde apareció la reseña de Macías Casanova, el 25 de febrero de 1909, además de un retrato de Unamuno, sin firma, se presentan varias escenas¹⁰ de la obra (del acto I, se transcriben: Escena IX, parlamento de Ángel; escena XIII, parlamento de Ángel; del acto II, la escena final; del acto III, la escena I, Felipe y sus dos hijos; la escena II, Dichos y Ángel; la escena VI, Ángel, Felipe, Joaquín, Nicolás, Eufemia y doña Ramona). También, en *La Mañana*, donde Tomás Morales publicó una nota y la extensa reseña de la obra, aparecen «Varias escenas del drama *La Esfinge*, de Unamuno», el sábado 27 de febrero de 1909, todas del acto III: la I, II y III.

En la prensa de Las Palmas sólo aparecieron las cuatro reseñas nombradas, y puede ser que en algún periódico de mentalidad contraria a las ideas unamunianas apareciera alguna reseña más discordante con *La Esfinge*. Como hemos visto, una de estas reseñas pertenece a Francisco González Díaz (publicará otra en Cuba), y se encuentra en el espacio dedicado al fondo del periódico, en primera página (*Diario de Las Palmas*, 2-III-1909). La otra aparece en el mismo periódico que la anterior, el *Diario de Las Palmas*, sin firmar, en tercera página, como ocultándose, y al día siguiente de la representación (25-II-1909). Con todas las reservas, opino que su autor es Rafael Romero Quesada, que está muy próximo a emplear su pseudónimo más conocido, el de *Alonso Quesada*. La causa de que se publicara en el *Diario de Las Palmas*, y no en *La Ciudad*, periódico en el que Rafael Romero colaboraba codo a codo con su amigo del alma Manuel Macías Casanova, y firmando como R. [Romero], o como R. Q. [Romero Quesada] aspectos de las obras representadas por la Compañía de Carmen Cobeña¹¹, se debería a que ya Macías publicaba el mismo día su extensa reseña en *La Ciudad*. El entusiasmo que se desprende de su lectura, la cita de un fragmento de la obra que debió impresionarle más que otros, el empeño en conectarla con Shakespeare (también lo hace Manuel Macías) y con Galdós, el empleo de cierto vocabulario como para «entendidos» («desde su celda de la Universidad salmantina», y otros) son motivos que me llevan a tal atribución¹².

10. El periódico presenta escenas de todas las obras que la Compañía pone por primera vez en Las Palmas. Existen diferencias entre la edición de *Obras Completas* y lo presentado en el periódico.

11. «Hablaremos de la ejecución. De la obra se ocupa en otro lugar de este número nuestro compañero Manuel Macías Casanova», dice R., hablando de *Los búhos* de Benavente (*La Ciudad*, 29-I-1909). A veces, una parte de la reseña viene firmada por Manuel Macías, y otra, por R. Q. Otras críticas vienen sin firma.

12. Además, Rafael Romero no tuvo nunca problemas para publicar en el periódico leonino, a pesar de sus continuas críticas. Siempre lo respaldó allí su amigo Luis Doreste Silva, entonces en Madrid, de gran ascendencia sobre el director del periódico, Alfredo S. Pérez. La devoción de Alonso Quesada por Unamuno y por Galdós ha sido documentada; pero no duda en defender la memoria de Galdós ante las palabras de Unamuno cuando el escritor canario fallece. Véase HENRÍQUEZ JIMÉNEZ, Antonio, «Unamuno, Galdós, Rafael Romero (*Alonso Quesada*), Domingo Doreste (*Fray Lesco*)... Repercusión de unas palabras de Unamuno sobre Galdós unas semanas después de su muerte». VII Congreso Internacional Galdosiano (Las Palmas de Gran Canaria, 2001).

Los periódicos, al dar la noticia del estreno en Las Palmas de Gran Canaria, esconden la escasez de público con el eufemismo «extraordinario público». Casi todos hablan del entusiasmo del público, de lo mucho que se aplaudió. El único que disiente en este aspecto es González Díaz en su reseña del *Diario de la Marina*, de La Habana, que afirma que el público de Las Palmas «iba dispuesto a entusiasmarse; no se entusiasmó ni hubo motivos para tanto, pero guardó una actitud serena y reflexiva, que, lo repito, le honra». Un año más tarde, el empresario teatral Demetrio Alfonso Carrillo presenta la cruda realidad, al afirmar que casi se suspende la representación «porque no había cien pesetas en taquilla», y que se dio la representación «gracias a una subvención que obtuvimos a última hora»¹³.

Concomitante con las reseñas que se publican en Las Palmas de Gran Canaria es la carta de Federico Oliver a Unamuno (de 10 de marzo de 1909), en la que muestra ideas parecidas a lo que cuentan las reseñas sobre el comportamiento del público. Le dice:

El drama de usted fue escuchado con atención respetuosísima por todos, con admiración ferviente por unos cuantos y con extrañeza por otros. En general, me atrevo a decir que no lo entendieron, y no es extraño [...] Pero, en fin, si no lo entendieron, el triunfo fue cierto, gracias al magnífico diálogo y a las infinitas bellezas que lo adornan¹⁴.

RESEÑAS

MANUEL MACÍAS CASANOVA: «Acontecimiento teatral. Estreno de *La Esfinge* de Unamuno»¹⁵:

13. *La Mañana*, Las Palmas de Gran Canaria, 9-VIII-1910; y *Diario de Tenerife*, 10-IX-1910.

14. La carta de Oliver la publicó AMOR Y VÁZQUEZ, José («Un aporte al epistolario unamuniano: correspondencia entre Unamuno y Oliver», pp. 721-742, en *Volumen-Homenaje a Miguel de Unamuno*. Publicado bajo la dirección de Dña. M.ª Dolores Gómez Molleda, Directora de la Casa-Museo Unamuno. Salamanca: Casa-Museo Unamuno [Universidad de Salamanca], 1986 [Cincuentenario de Miguel de Unamuno]). Está reproducida en gran parte en GARCÍA BLANCO, Manuel. Miguel de Unamuno, *Obras Completas (Tomo XII. Teatro)*, Madrid: Afrodísio Aguado, S. A., 1958, «Prólogo», p. 58, nota 18.

15. *La Ciudad*, Las Palmas de Gran Canaria, 25-II-1909. Con un retrato de Unamuno a plumilla, sin firma. Ya Manuel Macías Casanova había dado su opinión sobre el hecho de que se estrenara aquí en Las Palmas el drama de Unamuno. En el escrito «Crónica. Un fracaso justificado», publicado en *La Ciudad*, el 5 de febrero de 1909, alude al «lamentable y vergonzoso fracaso» que supuso la representación de *La loca de la casa* en honor de don Benito Pérez Galdós. Fracaso, dice, «para nuestro público», ya que el teatro estaba vacío. Ironiza, diciendo que se comprende, pues don Benito «no ha escrito nunca novelas regionales», mientras que los hermanos Millares sí las han escrito, pero el público «no se ha ocupado de leerlas y admirarlas; pero don Benito no ha sabido pagarnos, al menos con un libro, la gloria de haber nacido en este pedazo de tierra tan bello, tan hospitalario, tan lleno de poesía y tan agradecido con los hijos que le honran. Yo creo, pues, que está suficientemente justificado el fracaso del homenaje que se intentó llevar a cabo con tan buena voluntad por parte de algunos inocentes. ¿Dónde

Muy difícil es hacer en poco tiempo una crítica completa y seria de este magnífico drama del autor de *La vida de Don Quijote y Sancho*. *La Esfinge* es una obra que ha de estudiarse y reflexionarse con mucho detenimiento, de lo contrario se corre gran riesgo de equivocarse al juzgarla. Fácilmente cualquiera, aun estando lejos de ser un espíritu vulgar e ininteligente, podría verse desorientado y sin esperanza de encontrar un rumbo definitivo, al presenciar como un simple espectador, la representación de *La Esfinge*. Por fortuna, desde que se levanta el telón, un interés, un hambre de comprender ya¹⁶ se apodera imperativamente de todos. No nos acordamos de haber visto en nuestro teatro un silencio tan imponente y respetuoso como el que reinó anoche: parecía que estábamos en un templo. La ansiedad más profunda hizo su hogar en los corazones, y un como sobrenatural aliento de tragedia, de temor y de incertidumbre pesó sobre todos. Sentimos algo, como una interrogación de la vida –que es la muerte. Las alas negras y grandes del ave Fatalidad las vimos, las sentimos moverse fúnebremente sobre nuestras cabezas, cobijándonos. *La Esfinge* es una obra de una grandeza, de una fuerza de visión ibsenianas. Solamente el genial escandinavo supo hacernos sentir de una manera tan intensa esa duda de la vida, esa ansiedad que busca, desesperándose, el camino de la verdad única e inmortal, esas palpitaciones misteriosas y fúnebres del más allá. Ángel, el protagonista del drama de Unamuno, es un hermano mayor –un hermano mayor– de Hamlet, es más hombre y más humano –no asustarse que no es herejía y no sería difícil demostrarlo–, indudablemente es más grande y no puede ser mejor que él un tipo representativo, un símbolo, el retrato vivo de la humanidad, un conjunto de todas las almas fundidas, unidas en un abrazo trágico y tormentoso, que marchan por la vida martirizadas, sedientas, cosechando desengaños, llenas de duda, en pos de un ideal que tal vez es posible o no, que puede o no encontrarse, que puede estar donde nos figuramos o en otro lado muy distinto, que puede darnos o no la paz y calmar nuestra sed o aumentarla, que puede ser para nosotros todo y puede ser nada. Sí, Ángel podría considerarse muy bien como el símbolo de la humanidad incierta, perdida, con el terror y la duda en lo más profundo de su ser, que no tiene fe y quiere vivir de fe precisamente, que no se resigna a ir por el mundo sin un ideal y se lo fabrica con su propia duda y logra hacerlo verdadero y grande, porque no hay nada que más purifique el espíritu y le dé más grandeza, más inocencia, más fecundidad, más frescura, pureza y brillantez de agua cristalina –aunque sirva para aumentar la sed, por eso mismo– que el sufrimiento de la duda; y el sufrimiento es ya por sí mismo una enorme fuerza de Ideal, es la madre del Ideal, el seno fecundo donde el Ideal

están las novelas regionales de don Benito? Don Benito debió escribirlas aunque tuviese la seguridad de que aquí pocas había de vender». A renglón seguido, dice: «Y a propósito. Dicen que el genial Maestro autor de la *Vida de don Quijote y Sancho* entregó a la compañía que dirige el señor Oliver una obra teatral –*La Esfinge*– expresamente para que la estrenara la ilustre actriz Carmen Cobeña y expresamente para que lo hiciera aquí. Está visto que don Miguel no nos conoce a nosotros; además se ve que no cayó en la cuenta de que los bilbaínos podrían muy bien enfadarse por esta preferencia que nos da. [...] Ya sabe el autor de *Ángel Guerra* que para que aquí hagamos fiestas en su honor –y esto debe preocuparlo a él mucho– es necesario que sepa cumplir un sagrado deber que ha olvidado muy injustamente. En cuanto al genial Maestro Unamuno todavía está a tiempo de poner remedio a su error. Nosotros, amigos de la justicia primero que nada, se lo aconsejamos: que no estrene aquí *La Esfinge*; los bilbaínos podrían creer que los desairaba».

16. En el periódico: «y».

se engendra; las alas de todo Ideal están hechas con lágrimas, no puede volar quien no ha sufrido, el sufrimiento por sí solo es ya una luz a la que todo corazón puede aspirar –honrándose– para que lo ilumine y lo «humanice», es decir, lo «engrandezca», lo «divinice»; no puede ser grande quien no tenga su alma santificada por el Dolor, solamente él nos puede preparar para mirar al porvenir con mirada escrutadora, para sondear todos los abismos y dirigir nuestros ojos a todas las alturas, sin pecado; solamente él puede salvarnos y fortificarnos haciéndonos dignos de conquistar nuestro Ensueño que nunca sabemos cuál es ni para qué le queremos, porque todo lo alto y lo bello, todo lo que es aspiración ardiente, insaciable sed del espíritu humano, es siempre vago, inconcreto, abstracto, y no puede de ninguna manera definirse y menos personalizarse y hallar realización.

Toda sed espiritual debe ser eterna, tiene que ser eterna, porque si no sería mezquina, y lo pequeño no puede ser inmortal ni bastante para llenar el vacío de los corazones que aspiran a lo infinito. Todo Ideal es inmenso y deslumbrador porque es imposible. Lo Ideal no es más que una grandiosa aspiración de la humanidad que protestando de la existencia y temblando ante la muerte que es la nada, el anonadamiento y la derrota final, quiere tener un consuelo y una ruta. Un Ideal es en cualquier ocasión un enigma y la vida, fuente, al fin y al cabo, de todo Ideal, no es otra cosa que el Enigma definitivo, terrible, pavoroso, indescribible por excelencia.

De la derrota de la vida, de la desastrosa bancarrota de la humanidad únicamente puede salvarnos el ir por el mundo abrazados a nuestro Ensueño, fundiendo nuestra existencia con nuestra fe según la maravillosa expresión de Ibsen. Ángel, el protagonista de *La Esfinge*, triunfó de la Vida porque tuvo en ella un Ideal –buscar la Verdad, la Paz, su dicha, su camino, el sentido de la misma Vida– y supo continuamente ir en pos de él a pesar de ser su sufrimiento aumentado sin cesar, pero que él se complacía en cultivar y acrecentar, y así se salvó y consiguió fundir su existencia con su fe, es decir, con su Ideal, que era más triste que ninguno. Porque era su incurable duda, y él lo sabía. La Vida lo mató, pero ya antes se había colocado él por encima de ella y así entró dignamente en la Muerte, que también es triunfar de la Muerte misma.

Todo el hermosísimo drama del divino padre de espíritus –que no maestro– que es la figura más grande de la España que vale y que no puede morir, está en el protagonista. Ángel no es un carácter que puede definirse fácilmente, encerrarse en un círculo largo o estrecho, pero es inmensamente grande y humano: el drama de su alma, intenso y trágico, es el de todos los que quieren hacer de su vida algo que valga más que la vida misma, y lo consiguen. Hacer en poco espacio y en menos tiempo una crítica completa de una obra tan grande como *La Esfinge*, y que está llamada a hacer quizás toda una revolución en el moderno teatro español, es imposible: como ha de ponerse nuevamente en escena –así lo han pedido muchos y así esperamos todos que sea– aguardaremos ese día para ocuparnos debidamente de ella. El diálogo en toda la obra es hermosísimo: hay escenas de una belleza suprema. Nada hemos de decir de su grandeza de pensamientos: en *La Esfinge* Unamuno ha puesto lo mejor de su espíritu, para los que conozcan su obra desde sus *Tres ensayos* hasta hoy decimos con esto todo.

El éxito de *La Esfinge* superó a todas las esperanzas. Al final de cada acto se levantó muchas veces el telón entre grandes ovaciones del público. Con el calor y el entusiasmo de anoche nunca hemos oído aquí discutir ni elogiar obra alguna.

A la redacción de *La Ciudad* se han acercado muchas personas a rogarnos que pidamos la repetición del drama de Unamuno; como creemos que se haga así, dejaremos todos los comentarios para ese día.

En la interpretación de *La Esfinge* obtuvo un merecido triunfo Ruiz Tatay al que felicitamos sinceramente. Carmen Cobeña estuvo también admirable. Comes como siempre mereció muchos elogios. Todos los demás se distinguieron notablemente¹⁷.

Manuel Macías Casanova.

TOMÁS MORALES: Nota: «Teatro»¹⁸:

Con extraordinario éxito estrenose anoche en nuestro teatro *La Esfinge*, drama en tres actos de don Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca.

El estreno de *La Esfinge* era un acontecimiento artístico no sólo para nosotros sino para España entera, que aguardaba el fallo del público, sobre esta primera producción escénica del más fuerte de nuestros pensadores. Unamuno ha vencido en toda la línea: los aplausos que se le tributaron anoche lo demuestran claramente. Y no podía ser de otro modo dado la grandeza de la obra. Para juzgarla no bastan unas horas, y unas cuantas líneas; por lo tanto reservamos nuestro juicio para uno de nuestros próximos números, limitándonos por ahora a dar cuenta del estreno y de la interpretación. El éxito fue indiscutible, y al final de cada acto levantose el telón repetidas veces entre las aclamaciones del auditorio; las ovaciones se repitieron al final de la obra.

En la interpretación distinguióse en primer lugar el señor Tatay que hizo una creación del complejo carácter del protagonista; este excelente actor venció a fuerza de talento las dificultades enormes a veces de su papel; por todo ello merece nuestra más sincera felicitación. Muy bien la señora Cobeña, siempre admirable. Los demás artistas especialmente los señores Comes y Requena, muy acertados.

En fin un triunfo completo. El público verá con gusto una segunda representación de *La Esfinge*.

17. El papel protagonista lo desempeñó Leovigildo Ruiz Tatay; Carmen Cobeña fue Eufemia. También intervinieron las actrices Isabel Luna y María Anaya, y los actores Francisco Comes, Rafael Requena y Benito y Rafael Cobeña; no he logrado saber en qué papeles; ni tampoco quiénes desempeñaron los papeles restantes. Unamuno habla del actor Villagómez, en una carta a Maragall que se citará más adelante. No he visto en las reseñas de las obras de la Compañía el nombre de este actor.

18. *La Mañana*, Las Palmas de Gran Canaria, 25-II-1909, jueves, p. 2, sin firma. Véase mi edición de *Tomás Morales. Prosas* (Las Palmas de Gran Canaria: Anroart Ediciones, S. A., 2006).

TOMÁS MORALES: Reseña: «El estreno de *La Esfinge*»¹⁹:

Todo artista y sus obras forman un solo ser; esta afirmación casi vulgar tiene una plena confirmación en el temperamento de Miguel de Unamuno. En efecto; ningún escritor moderno está tan bien identificado en sus libros como el autor de *La Esfinge*; diríanse éstas como un eterno soliloquio en que el autor vertiera todas las ideas que bullen en su cerebro por muy contrapuestas que fuesen: de ahí la característica esencial de su literatura: la arbitrariedad y la paradoja. Una y otra son esgrimidas por él con una violencia y un modo de ser tan insólitos que ninguno de nuestros escritores ha podido llegar siquiera a imitarle. Poeta, pensador y artista, es acaso nuestra más alta categoría intelectual, y estas tres modalidades de su genio van siempre unidas y completándose en toda su obra, la que no es más que el surco donde arroja, con un gesto entre altivo y desdenoso, la simiente fecunda de sus ideas.

Poeta filosófico a la manera de Guyau, engloba en sí mismo a un gran poeta emocional, un atormentado en medio de la vida que siente una violenta atracción por el más allá de las ideas, por ese misterio velado e incognoscible donde se estrella la mirada de los hombres como contra una barrera infranqueable.

De su pensamiento deriva la mayor parte del intelectualismo en nuestro país; hasta el mismo Ganivet, en que algunos hacen recaer esta primordialidad, recibió, en cierto modo –y claramente se echa de ver en el *Idearium español*–, una gran influencia de los primeros ensayos del pensador vasco. Lo mismo podríamos decir de otros escritores modernos entre los que no estaría de más citar la personalidad de Ramiro de Maeztu.

Toda esta manera de ser y de pensar sin claudicaciones ni atenuantes para adular al gusto del público es lo que Unamuno ha llevado al teatro. Esta su primera obra dramática es como un gran monólogo en que el autor hace una exposición de su pensamiento; es todo su *yo* el que habla por boca del protagonista, el que bien puede repetir, como corolario de su existir, esta famosa frase del maestro escandinavo: «Todo lo he buscado en mí mismo, todo ha salido de mi corazón». Y su corazón le ha ordenado la lucha, y a ella va, como *el misionero formidable de una ideal religión, que predica, con inaudito valor, las verdades de su evangelio delante de las civilizadas flechas de los bárbaros blancos*²⁰.

La esfinge es el más allá, el secreto ignorado. Muda y solitaria no responde jamás, ni aun a las interrogaciones de los poetas y visionarios que, aterrados por la nada, se complacen en forjar mundos nuevos con el solo objeto de enmascarar su pequeñez acicateados por su soberbia. Para disimularlas, componen lindas teorías que no son más que musicalidades con que pretenden encubrir el eterno no saber, cristalizado hondamente en la palabra Misterio; Misterio de la nada, silencio inexplorado de la muerte. Tal es nuestra vida, tal es el alma del protagonista de *La Esfinge*. Un ser atosigado por la idea de la tumba, por el inexorable espectro que ha tomado cuerpo dentro de su corazón, y que, atormentándole en todos los momentos de su vida, le lleva a renunciar a la gloria, a humillar su soberbia y a ser injusto consigo

19. *La Mañana*, 26-II-1909, viernes, p. 2.

20. Tomás Morales está citando palabras de Rubén Darío, en su «Ibsen», de *Los Raros*.

mismo y con los que le rodean y a quien la existencia tórnaese intolerable siempre ahondando, ahondando, en el rebelde silencio.

¿Es teatral *La Esfinge*? No lo sé ni me interesa; lo que sí sé es que es humana, inmensamente humana. La teatralidad de la obra es algo convencional que suele confundirse a menudo con el interés que despierta en el espectador. Si lo teatral es lo interesante, justo es confesar que la obra lo es en grado sumo; acudiendo al fallo del público, juez único en esta materia, queda demostrado palpablemente: la obra se oyó en medio de un silencio religioso, se aplaudió frenéticamente a la terminación de cada acto, se discutió con calor en los intermedios, todo lo cual deja sentado que la obra es teatral. Para mí esto es lo menos importante: no creo que a una obra para ser bella le haga falta irremisiblemente aquel requisito; Arte y Belleza están por encima del vulgar artificio escénico; y en la obra de Unamuno hay arte grande, hay ideas grandes, hay belleza en suma. Asistimos a un maravilloso espectáculo que nos llena de un terror misterioso y profundo, que nos anonada y lleva nuestro espíritu hacia una inspiración remota e indiscernible, donde una voz conocida, como si saliera de nosotros mismos, nos manda a *ser buenos*, y, humillado nuestro orgullo, a pedir perdón a nuestros semejantes por el mal que involuntariamente hayamos causado; porque quizá en nosotros todo sea involuntario y acaso no seamos, como dice el protagonista, al terminar la partida de ajedrez, sino vulgares piezas con que matamos el tiempo a una generación de seres superiores a nosotros.

Entremos ahora en la estructura de la obra. Estamos en la casa de Ángel y asistimos a las felicitaciones de sus amigos por el triunfo alcanzado la noche anterior en su discurso revolucionario. Pero Ángel es un espíritu atormentado; el fantasma de la muerte, del anonadamiento final lucha en su alma con el amor a la gloria, y venciendo al fin el primero le hace renunciar a la jefatura del partido de la revolución. Sus amigos, que vienen a reprocharle, son arrojados de su casa; su misma mujer, Eufemia, le abandona por último y queda solo, *solo en la cumbre solitaria*. Abandonado busca refugio en la casa de su amigo Felipe. En este acto hay una escena de gran emoción: Ángel evoca su infancia, los días de la escuela; la casa del cura, su protector, con su crucifijo de marfil y la mesa llena de mugrientos breviarios y viejos textos *en los que el buen párroco apacentaba su espíritu sereno*. Toda la dulce poesía del recuerdo va brotando de sus labios, mientras que fuera, en la calle, las turbas que van al combate entonan gritos de ¡Viva la Revolución!

Pero Ángel es descubierto en su retiro; la plebe viene a buscarlo para que se ponga a su frente; sus amigos le incitan a que huya, pero él no quiere. Quiere hablar a la muchedumbre unas cuantas palabras de corazón y mientras Felipe grita: *—Cerremos la puerta a la libertad*, Ángel abre el balcón. Los amotinados le motejan de traidor y le gritan que baje con ellos; él termina llamándoles «cobardes!», cuando una bala de los sublevados viene a herirle en el pecho. La agonía es lenta. Rodeado de sus amigos y de Eufemia que ha vuelto agoniza humillando su soberbia en esta frase: *¡Yo! ¡Yo!... ¡Que me quiten de encima este yo que me sofoca!*, para morir luego pidiendo: *Paz, paz, paz...*

Éste es, a grandes rasgos, el motivo del drama: hay desperdigados por todo él ideas grandes; muchas escenas son de una belleza suprema tal como la del ajedrez del primer acto. Los tipos mejor dibujados son el de Ángel y el de la tía de Eufemia, tipo vulgar puesto para contrastar con aquél; los demás personajes

son como contrafiguras del protagonista y hasta la misma Eufemia, la esposa de Ángel, no tiene más elevación.

Chasqueados saldrían de la representación los partidarios de los caracteres rectilíneos: la característica de Ángel es la mutabilidad: *Cada día somos otros*, dice él, y esta gran verdad es la que Unamuno preferentemente desarrolla en la escena; y, efectivamente, ¿quién de nosotros podrá decir con certeza lo que seremos mañana?

Pero queda aún un punto que resolver en la psicología del protagonista, aparte del misticismo que predomina con relieve marcadísimo en su modo de ser. Refiérome a una frase del final: Ángel dice poco más o menos estas palabras: «Perdón, Felipe; he caído en la locura de fingirme loco por aquello de que el genio tiene algo de locura». Si esto es sincero, el carácter del personaje está clarísimo; si no es más que una nueva mutabilidad, también es claro. Esto que nos desorienta un poco puede condensarse en este dilema: ¿Es Ángel efectivamente el carácter atormentado del que hemos querido dar idea en los párrafos anteriores, o es solamente su desequilibrio causado por una de esas *poses* tan frecuentes en los hombres de genio? Esto no queda claramente planteado en el transcurso de la obra.

Tal es la impresión, expuesta a grandes rasgos, que he sacado de la bellísima producción de Unamuno. Una sola audición de la obra y el escaso espacio de que puede disponerse en un artículo de periódico no son bastantes para hacer una crítica fundamental. La obra es muy compleja y habría que hacer de ella un concienzudo estudio²¹.

Tomás Morales.

RESEÑA DEL *DIARIO DE LAS PALMAS*, sin firmar: «Teatro. *La Esfinge*»²²:

El estreno de la primera obra dramática de un célebre intelectual español se verificó anoche en nuestro teatro con éxito extraordinario.

Para nosotros, gracias a la ilustre actriz Carmen Cobeña, han sido las primicias de esa primera obra de Unamuno que tanta curiosidad ha despertado entre los hombres de letras de España entera conocedores y admiradores del talento de ese gran pensador que desde su celda de la Universidad salmantina lleva su voz a todas partes y en todas partes su voz es escuchada con el profundo respeto que el sabio ilustre inspira.

La noticia de que *La Esfinge* se representaría por primera vez en Las Palmas, porque así lo quería su autor y así lo deseaban Federico Oliver y su ilustre esposa, para quienes el sabio rector de la Universidad de Salamanca ha tenido tan alta y merecida distinción, causó aquí una satisfacción grande. Por primera vez se representaba en los teatros de esta capital una obra dramática de tan altos vuelos, y nosotros, antes de que en Madrid ni en parte alguna fuese conocida, íbamos a ser los prime-

21. En el periódico del día siguiente (27-II-1909) aparecen «Varias escenas del drama *La Esfinge*, de Unamuno»: Escenas I, II y III del acto III.

22. *Diario de Las Palmas*, 25-II-1909, p. 3. Ya dije mi opinión sobre la posible autoría de Rafael Romero Quesada.

ros en admirar esta nueva manifestación del talento soberano del sabio y pensador de estos tiempos.

* * *

La función de anoche fue un verdadero acontecimiento artístico para Las Palmas, como lo hubiera sido en otra parte.

El estreno de *La Esfinge* llevó al teatro Pérez Galdós extraordinario público deseoso de conocer el ya famoso drama de Unamuno, y el drama fue representado, ante la expectación de la concurrencia, con un gran acierto por todos los artistas que en él tomaron parte.

Como era natural, la obra de Unamuno fue el tema, en pasillos y salones, de los comentarios del público. En los entre actos la sala quedaba casi vacía. Todos salían fuera en busca de ajenas impresiones o a exponer las propias. Por todas partes hacíanse animadísimos comentarios. Alguien comparaba a Unamuno con Ibsen. Muchos veían en *Ángel*, el protagonista de *La Esfinge*, un tipo digno de Shakespeare.

Las bellezas insuperables de la obra merecían los más calurosos elogios... No faltó quien recordase a *El abuelo* de Galdós y *El loco Dios*, de don José Echegaray hallando alguna semejanza entre Gabriel de Medina y el viejo León de Albrít con el complejo personaje de Unamuno... Los dos primeros actos de la obra son de una factura admirable. Hay en el tercero grandes bellezas, pero quizás la larga agonía de Ángel le haga poco teatral. Defecto es este que no empaña el brillo de tamaña joya y que se comprende al ver que se trata de una primera obra teatral que su autor no ha podido ver en la escena, que es donde se observan las deficiencias y donde se dan los toques últimos. Cortando algunas escenas de este acto y no prolongando tanto el final, la obra resultará completa y será más profunda la impresión que produzca el admirable drama tan magistralmente escrito por el sabio rector de Salamanca.

* * *

Puede decirse que el asunto de la obra es casi un monólogo grandioso, shakesperiano, el monólogo de *Ángel*, el protagonista, tipo complejo en el que Unamuno se ha complacido en pintar las dudas más inquietantes del espíritu humano, las que se refieren al más allá de la muerte, al ser y al no ser.

El público, admirado, oye en medio del más profundo silencio, sin perder una frase porque todas son de oro, las cosas que el gran pensador dice por boca de ese personaje...

—Es Unamuno hablando—, decían algunos...

Ángel, absorto siempre en su idea torturante, pasa por loco, y sintiendo un profundo desdén por el medio ambiente que le rodea, rompe con él, se aísla de todo, amigos, familia y posición social. La insinceridad de las gentes, hasta de su propia mujer, le sublevan. —Si fuéramos sinceros —dice—, no habría odios, ni rencoros, ni desconfianzas. Si las almas se presentasen desnudas, sin fingimientos ni disi-

mulos, llegaríamos a amarnos todos, seríamos indulgentes, generosos, tolerantes y el amor uniría a las almas de los hombres...».

Ángel busca la soledad como única fórmula de alcanzar la libertad de su espíritu y pretende hasta libertarse de sí mismo con el suicidio. Pero las notas del *Pietà*, *Signore*, de Stradella, que salen de una casa vecina le contienen; una oleada de misticismo le invade, dobla sus rodillas y reza...

En el tercer acto, Ángel es atraído al hogar virtuoso y tranquilo de un amigo que alecciona a sus hijos con pasajes de la Escritura. Allí hace él, entonces, magnífica evocación de su niñez, de su juventud, que llega a conmover hondamente al público.

Sorpréndelos en esto una asonada revolucionaria.

El populacho ruge en la calle. Ángel asómase a la ventana y habla al pueblo sin engañarle, con palabras del corazón. El populacho le desconoce, le llama traidor y un tiro certero viene a herir el pecho generoso que un día pretendió libertarles y redimirles.

Ángel muere en una suprema reconciliación con todas aquellas afecciones de que se había desposeído y entrega su alma, mirando al Cristo en un éxtasis sublime de humildad y de amor.

Imposible nos es, en estas notas escritas a vuela pluma, y con mucho temor, sintetizar el pensamiento fundamental de *La Esfinge* y hablar de las grandes e insuperables bellezas que la obra contiene. *Ángel* es un tipo de una grandeza shakesperiana y la factura de esta obra sólo puede hallar parangón en el teatro de Ibsen.

* * *

Repetidas veces, al final de cada acto, el público hacía levantar el telón y tributaba a los artistas, que de tan excelente manera interpretaban la soberbia obra, calurosas ovaciones. Ruíz Tatay, actor de gran talento, hizo del papel difícilísimo de *Ángel* una admirable creación. El público premió su magnífica labor artística con grandes aplausos e hizo de él elogios entusiastas, que en justicia bien se los mereció.

La insigne actriz señora Cobeña, para la cual son siempre pocas cuantas palabras de admiración le prodiguemos, hizo anoche, con verdadero entusiasmo, un trabajo digno de las mayores alabanzas, triunfando su talento y su arte, de modo tan notable, que la concurrencia le tributó una de las mayores ovaciones de la temporada.

Bien es verdad que, aparte su arte soberano y su gran talento, tan admirados siempre, el público tenía otra cosa que agradecer anoche a la ilustre comedianta y era su deseo de agradarnos y de distinguirnos dándonos a conocer a nosotros antes que a nadie la primera obra dramática del sabio rector de la universidad salmantina que tanto interés y tan viva curiosidad ha despertado ya en el mundo de las letras. Y esto bien merece nuestro más profundo reconocimiento. Gracias, pues, a la señora Cobeña y a su ilustre esposo Federico Oliver.

No olvidemos en nuestra revista que las señoritas Luna y Anaya y los señores Comes, Requena y Cobeña, trabajaron también en esta obra con mucho acierto y contribuyeron al gran éxito de la función.

De este acontecimiento teatral se enviaron anoche mismo a Madrid extensas informaciones telegráficas.

También se enviaron a Don Miguel de Unamuno numerosos telegramas de felicitación del Alcalde, Asociación de la Prensa, de Carmen Cobeña y Federico Oliver, empresa del teatro Pérez Galdós, de varios escritores y de muchas sociedades de esta capital.

* * *

Esta noche, estreno de la hermosa comedia en tres actos, de Jacinto Benavente, *Señora Ama*.

Mañana función a beneficio de la insigne primera actriz Carmen Cobeña que tantas simpatías y tanta admiración ha conquistado en Las Palmas.

A esta función asistirá extraordinaria concurrencia.

NOTA DE *LA DEFENSA*: El Órgano del Partido Canario²³, de Las Palmas de Gran Canaria (25-II-1909), relega el estreno a la sección «Cartera de noticias», y no a la

23. El director del periódico es José Suárez Falcón (*Jordé*). No se compromete con la obra de Unamuno. Más tarde, en octubre de 1911, reseñará duramente, en una de sus «Notas al margen», los sonetos de Unamuno (*Rosario de sonetos líricos*), cuyo envío a Salamanca dio origen a que Unamuno contestara, de seguro al director del periódico (el mismo *Jordé*), en carta de 3 de noviembre de 1911, en la que manifiesta que tiene por norma no discutir a sus críticos «y menos cuando como ése son respetuosos y bien intencionados». Posiblemente para compensar, el periódico publica, día 4 de marzo de 1909, el artículo «Discurso de Unamuno», donde pone párrafos de la segunda conferencia pronunciada por don Miguel en la Universidad de Valencia, el día 23 de febrero, con toda probabilidad tomados de algún periódico de Madrid. No reseña, sin embargo, la conferencia pronunciada el día anterior en la conmemoración del primer centenario del nacimiento de Darwin, que aparece en las *Obras Completas* (Tomo VII). En el «Discurso de Unamuno» de *La Defensa*, hay elementos que habían aparecido en la entrevista de Domingo Doreste de *Revista de Municipios*. Dice: «Valencia 23.- El Sr. Unamuno ha dado otra conferencia en la Universidad. / Primero habló el Presidente del Ateneo, señor Valdivieso, para decir que Valencia no quiere debilitar, sino al contrario, robustecer los lazos que la unen a Castilla y llevar a Castilla sus progresos agrarios. / El Sr. Unamuno comenzó estudiando las condiciones de los meridionales. / Predomina en ellos –dijo– la pasión sobre la razón. Sus intermitencias de acción son una especie de paludismo espiritual. / No me ofende que digan que África empieza en los Pirineos. Mejor es ser africano de primera clase que europeos de quinta. Pero hay que ser africano de primera clase. / Ignoro si podemos y hasta si debemos ser de otro modo. Mas hay que crear la conciencia colectiva. Los que dirigen los pueblos necesitan saber de dónde venimos, adónde vamos. Despreciando tales investigaciones producen el decaimiento de los ideales, y principalmente del liberalismo, que se acaba. / Quiérese sustituir la doctrina con emoción y pasión. De ahí nacen los radicalismos blanco y rojo, el misticismo que en cuatro días lleva al hombre de un extremo a otro. El anarquismo es un místico con dogmas más cerrados que nadie. / Un postulado dice: –“El hombre nace bueno. La sociedad le hace malo”. Otro postulado dice: –“El hombre nace malo. El bautismo le purifica”. Yo creo que el hombre nace tonto y deja de serlo rara vez. / La paz es estéril. Debemos vivir en pugna con nosotros mismos, con los demás y hasta con Dios. / El movimiento catalanista no es catalanismo, sino barcelonismo. Como el bizcarrismo es bilbainismo. La conciencia de la región es la ciudad. Donde no hay vida no hay región. / En vez de venir a las

sección habitual, siempre sin firmar («En el Teatro Pérez Galdós. Revistillas»). Da cuenta del estreno de «la primera producción dramática del ilustre publicista», y dice: «Por no haber asistido a su estreno sentimos no poder ocuparnos hoy del drama del Sr. Unamuno. Se nos dice que la obra mereció aplausos y que fue muy bien interpretada»²⁴.

NOTA DE *ABC*: «Unamuno, autor dramático»²⁵:

Anoche se verificó en el teatro [Pérez] Galdós el estreno del drama en tres actos titulado *La esfinge*, orginal y primera producción dramática del Sr. Unamuno.

La concurrencia fue extraordinaria, resultando la función un verdadero acontecimiento, porque además era la primera obra que se estrenaba en dicho teatro.

El público, entusiasmado, ovacionó a los intérpretes y a la obra, y muy principalmente a Ruiz Tatay, que interpretó el papel protagonista.

Éste, que es un tipo muy complejo, resume en sí todas las dudas e inquietudes del espíritu humano, afectando aquéllas, no sólo a la vida, sino también a lo que más allá de la vida puede haber.

Ángel, que es el nombre del protagonista, absorbo siempre por la torturante idea de la duda, pasa por loco, y esta situación le hace mirar con profundo desdén el medio social en que vive.

Rompe con él aislándose de familia, amigos [...]»²⁶, buscando en la soledad la libertad absoluta de su espíritu, y pretende libertarse de sí mismo por medio del suicidio.

ciudades el espíritu moral, llevemos la ciudad al campo. Hagamos primero la ciudad con conciencia colectiva de ciudadanía. / Compara la Universidad con la fábrica. Comencemos la ciudad universitaria y extendamos la cultura. Estamos moribundos intelectualmente por la centralización de la cultura en Madrid. Todo intelectual de provincias se va a Madrid, y a los cien años no sabe distinguir el trigo de la cebada. / La base de la cultura de Italia es la descentralización. Allí se esparce la sabiduría y todas las regiones tienen sus grandes hombres. Mientras la ciencia española sea oficial, nos será ciencia».

24. Un año y unos meses más tarde, con motivo del discurso que Unamuno pronuncia en los Juegos Florales de Las Palmas, *La Defensa* será uno de los periódicos que más duramente critique las palabras de don Miguel, en el artículo, sin firma, «El problema canario y el Sr. Unamuno» (28-VI-1910), afirmando que sus palabras sorprendieron y que Unamuno «está equivocado, sufre un gran error». Dice que las aspiraciones de Las Palmas no «son disputas ni alharacas de casa de tócame Roque, sino aspiraciones hondamente sentidas. No son rencillas domésticas, sino necesidades reales y perentorias. No son luchas de odios sino batallas de progreso por afirmar nuestra personalidad libre y autónoma dentro del archipiélago». Más adelante: «Cuando el Sr. Unamuno estudie y conozca el problema canario en su aspecto interior y en sus manifestaciones exteriores, entonces tendrá derecho a dar su opinión; pero sin estudiarlo, sin conocerlo, a los pocos días de pisar por primera vez esta tierra, sin haber podido formar juicio de él, es aventurado hacer afirmaciones rotundas que son en absoluto gratuitas. / Por muy altos y legítimos que sean los prestigios intelectuales del insigne rector de la Universidad de Salamanca, y nosotros somos los primeros en reconocerlos y admirarlos, no se puede consentir en silencio que juzgue y sentencie un secular pleito que no conoce».

25. Madrid (26-II-1909, pp. 9-10), enviado «por cable», desde Las Palmas, «de nuestro servicio particular», con fecha de 25 de febrero.

26. Ilegible en el periódico.

Cuando va a cometer este atentado contra su vida, oye al piano las primeras notas de *Pietà, signore*, de Stradella, y detiene su acción. Una oleada de misticismo le invade, haciéndole caer de rodillas y rezar, encontrando un consuelo para el espíritu.

El público aplaudió entusiasmado muchas de las frases que tiene el drama y que son de gran belleza.

Se han dirigido numerosos telegramas de felicitación al Sr. Unamuno.

PRIMERA²⁷ RESEÑA DE FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ: «Un acontecimiento»²⁸:

Las Palmas ha ofrecido albergue por unas horas en su teatro al pensamiento deslumbrante y victorioso de don Miguel de Unamuno, el escritor más trascendental que hoy tiene España.

Este acontecimiento, por sí solo, es de los que se graban profundamente en la memoria y en la historia de un pueblo. Nos ha dado Unamuno una primicia, ha querido que fuésemos los primeros en presenciar la ascensión de su genio a la escena, donde las ideas del filósofo se hacen carne de la realidad. Y nuestro público, respetuoso con los grandes, ha sabido apreciar en toda su valía honra tan alta. Se ha rendido ante las armas con que el insigne batallador, el invencible cruzado del espíritu moderno, librara altivamente su combate espiritualísimo.

Debemos hacerlo constar en loanza de este pueblo, nada acostumbrado a gustar médula de león como alimento. Inclinas las frentes, tendidas las inteligencias, abiertos los corazones al viento germinador que sopla de las cumbres intelectuales barriendo las llanuras donde la negra masa del vulgo se agita como un trigo que espera el golpe de una guadaña, las luces encendidas por Unamuno en su extraño poema dramático-filosófico han tenido para la mayor parte de los oyentes la magia del milagro. Han visto arder la zarza prodigiosa, comprendiendo que *allá arriba* se consumaba una revelación y se cumplía una transfiguración.

La obra de Unamuno no es propiamente una obra escénica; para serlo le falta haber encarnado en seres vivos. Habla allí un cerebro en lucha con un corazón, y la tiranía de un pensamiento dolorido y rebelde pretende en vano violentar, desnaturalizar la vida, imponiéndole las leyes de su propio desequilibrio. El protagonista, Ángel, no vive, sino que razona; razona sus dudas, sus tormentos, sus sensaciones de hombre superior, víctima del mal de vivir. Su eterno alegato metafísico parece dicho para las sombras. Sombras resultan, nada más que sombras, aquellos seres de acompañamiento que en torno de él se mueven como lamentables figurillas.

La Esfinge pertenece, sin embargo, al número de las obras privilegiadas que se admiran apasionadamente antes y después de discutirlos. La misma crítica habrá de detenerse, reverenciosa, en el umbral del santuario que guarda la esencia de un alma

27. La segunda la publicará en el *Diario de la Marina* (La Habana, 3-IV-1909), dentro de su crónica mensual titulada «Cartas de Canarias».

28. *Diario de Las Palmas* (2-III-1909). Los párrafos cuarto y quinto vieron también la luz en *El Progreso* (Diario Republicano Autonomista de Santa Cruz de Tenerife), del sábado 13 de marzo de 1909, bajo el título «Opinión de González Díaz».

sublime, proyectada en una radiación ofuscadora. El arte es una segunda creación del mundo por el hombre, y para que sea legítimo bástale ser sincero y ser bello.

Lo que nos importa, por de pronto, es marcar el relieve del suceso a que acabamos de asistir y consignar que el público de Las Palmas, dando pruebas de su cultura, ha sabido mantener frente al genio de Unamuno una actitud adecuada y digna. No somos, no, salvajes a quienes asusta la aurora.

F. González Díaz.

ECOS DE LA PENÍNSULA: TELEGRAMAS Y ESCRITO DE *FRAY LESCO*:

En *Diario de Las Palmas* (27-II-1909, sábado, pp. 2-3), al final de la reseña del «Teatro», aparece la siguiente coletilla:

La señora Cobeña, Federico Oliver y el primer actor Ruiz Tatay, excelente intérprete de *Ángel*, protagonista del drama de Unamuno, han recibido de Madrid telegramas de felicitación con motivo del estreno de *La Esfinge*.

En el mes de marzo apareció el escrito sobre el estreno firmado por el alumno y amigo de Unamuno Domingo Rodríguez Doreste, *Fray Lesco*, escrito desde Salamanca. Se publicó en el periódico *La Mañana* (13-III-1909), bajo el título «Desde Salamanca. El éxito de *La Esfinge*». El periódico *El Tiempo*, de Santa Cruz de Tenerife, notifica el 22 de marzo (sección «Noticias») que «Con motivo del estreno de *La Esfinge* en estas islas, su autor don Miguel Unamuno ha sido obsequiado en Salamanca con un banquete, al que asistió nuestro comprovinciano don Domingo Doreste (*Fray Lesco*)»²⁹.

Dice *Fray Lesco*:

Unamuno no quiere convencerse del buen suceso de su drama *La Esfinge*. Me esfuerzo por demostrarle la psicología de nuestro pueblo de Las Palmas y por hacerle creer que todavía, entre nosotros, hay bastante gente que va al teatro con alta devoción estética. A pesar de ello sigue en sus trece, receloso del éxito y de los encomios. Ha recibido unos cuantos telegramas de felicitación, algunos muy entusiásticos,

29. El 20 de marzo, el diario *La Mañana*, bajo el título «Banquete a Unamuno», transcribe «De un periódico de Salamanca» la crónica del homenaje a Unamuno. El artículo había aparecido, con el mismo título, en *El Adelanto*, de Salamanca, el 8-III-1909 (agradezco el dato a la investigadora María del Carmen García Martín). Allí se habla de la asistencia de más de cincuenta comensales, y del detalle de que Unamuno «tuvo el valor de no conmovirse ante los primores del menú de Novelty», pues «está pasando ahora su Ramadán higiénico; se alimenta exclusivamente de leche». Se reseñan las palabras de Domingo Doreste, orgulloso de que haya sido Las Palmas la cuna del drama de Unamuno; se presenta la poesía del director del periódico, Cándido Pinilla. Unamuno hace autocrítica, diciendo que no tenía intención de titular el drama como lo ha sido, que «fue escrito por él hace una docena de años, en un mes de *murria*, en el cual con un chaparrón de tedio, volcó su propio espíritu en las cuartillas que nunca pensó pudieran llegar a ser lo que han sido».

se ha formado excelente idea de la galantería de mis paisanos; pero, en cuanto al efecto del drama en el público, no hay quien le haga tener opinión.

No es que Unamuno haya estado poseído de miedo, esperando un fracaso, y ahora apenas dé crédito al aplauso. El miedo le he tenido yo, al ver que el drama no acababa de ponerse en escena: en cuanto a su autor apenas se ha preocupado del estreno. Yo llegué a creer que el drama no se representaba. Pasaron muchos días desde que los periódicos de Madrid anunciaron su estreno sin que aquí tuviéramos la menor noticia de la suerte de la obra. Me recelaba un aplazamiento indefinido, aconsejado tal vez por algunas personas conocedoras de nuestro público. Yo no conocía el drama, pues don Miguel se ha ingeniado de tal modo que no le ha quedado una mala copia en su poder; y por ello aumentaba mi temor de que fuese una obra intelectual o un drama puramente psicológico que no llegase a la generalidad de los espectadores.

El escepticismo de Unamuno proviene de otras causas. No acaba de creer que exista un público al que le agrade un drama incompatible con una buena digestión. Para el público, según él, el teatro es un sport más.

Por otra parte le han creado un gran pesimismo sobre su drama, las vicisitudes por que éste ha pasado. El drama es relativamente viejo. Lo escribió su autor en días de profunda murria espiritual, en época de las más tormentosas de su alma. El drama, según me ha dicho, es plúmbeo, tristón como un día de lluvia. Se lo leyó a Mario y éste, como buen moratiniano, lo repudió con corteses razones; le parecía una extravagancia. Más tarde lo conoció Thuillier y su lectura le levantó dolor de cabeza. La obra durmió varios años en un cajón de la mesa hasta que la Tubau se llevó una copia; pero tampoco se resolvió la actriz a llevarlo a las tablas.

Hace unos meses estuvo aquí la compañía de Cobeña-Morano. Unamuno, que no sospechaba que nadie se acordase de que tenía un drama escrito, vio con gran sorpresa que el Sr. Oliver se lo pedía. Leyóselo su autor primero a él, después a la Sra. Cobeña, que le escuchó con visible emoción. Desde aquella fecha, Unamuno no ha vuelto a saber nada de su obra. Creo que fui yo el que le comunicó el primero las noticias de que iba a estrenarse en Las Palmas.

Entre los telegramas recibidos hay uno, el de la Sra. Cobeña, que realza mejor las impresiones de la noche del estreno. Dice que la obra fue muy discutida en los pasillos del teatro. Esto no es ya un elogio; es el anuncio de un hecho. Tengo la seguridad de que a don Miguel le han intrigado estas discusiones y le han hecho dudar más de una vez de si será verdad un éxito en el que se empeña en no creer. Pero este hombre es implacable en el arte de difamarse a sí mismo, y no hay quien le convenza de que el drama ha podido agradar a un público todavía no estragado con las insulseces del género chico.

De todas maneras las noticias del estreno se han recibido aquí muy bien. Llegaron cuando Unamuno estaba en Valencia; pero su familia tuvo la amabilidad de comunicar los telegramas a los amigos del autor desde que se recibieron.

Puedo participar de su agradecimiento al Alcalde de Las Palmas, Asociación de la Prensa, a *La Mañana*, a la empresa del Teatro y a los particulares que le felicitaron.

Mientras tanto nos preparamos a celebrar con un banquete íntimo el estreno de un drama... que no ha podido gustar a nadie.

Fr. Lesco.

LA ESFINGE EN SANTA CRUZ DE TENERIFE

El profesor García Blanco continúa comentando que la obra fue estrenada también en Santa Cruz de Tenerife³⁰,

pocos días más tarde, de cuya representación no hemos logrado espigar juicios públicos. Y de regreso a la Península fue igualmente representado en el teatro Principal, de Cádiz. Ignoramos si sigue siéndolo en la gira de la compañía Oliver-Cobeña por otros teatros.

También afirma que en el mes de septiembre fue estrenada la obra en Salamanca³¹. Presenta la carta de Unamuno al poeta chileno Ernesto A. Guzmán (18-VI-1909), en la que le dice que el «drama se ha representado ya en cuatro poblaciones por la misma compañía que lo tiene». Presenta García Blanco otra carta de Unamuno a Juan Arzadun (24-XI-1909), donde reitera que la obra ha sido representada cuatro veces; y habla de que su «estreno en el Español me valdrá cerca de doscientas [pesetas]». Si en el mes de septiembre fue estrenado el drama en Salamanca, y el 18 de junio ya afirma Unamuno que su drama se ha representado ya en cuatro poblaciones, la de Salamanca sería la quinta; y nos faltaría otra ciudad donde también fue estrenada la obra. El Español de Madrid, según afirma García Blanco, no estrenó la obra. Si hacemos caso a la carta de Arzadun, Salamanca sería la cuarta. No creemos que la obra se representara en la ciudad de Arucas, en la isla de Gran Canaria, adonde se trasladó la compañía de Carmen Cobeña los días 3, 4 y 5 de marzo. La prensa da cuenta de las obras representadas allí el 3 y el 4 (*La Madre*, de Rusiñol, y *Las de Caín*, de los Hermanos Quintero, respectivamente), pero nada dice de la obra de Unamuno. Tampoco se representó en la visita de la compañía a las ciudades de La Orotava y La Laguna, de Tenerife. Hubo intentos de desplazarse a La Palma, pero sin éxito. En la carta de Unamuno al poeta catalán Juan Maragall (9-III-1911), también citada por García Blanco (p. 60), le dice, hablándole del actor Villagómez, que le «representó un cierto drama, aún hoy, a pesar de cinco o seis representaciones –aquí, en Canarias, en Málaga– casi inédito». No cita la ciudad de Cádiz, pero añade la de Málaga. Dos años después, vemos cómo Unamuno no sabe exactamente cuántas veces se ha representado su obra. En una carta de Unamuno a Pérez Galdós (11-XII-1912)³², le dice: «Tengo otros dos dramas, uno representado ya en Tenerife, Las Palmas, Málaga, Cádiz y aquí y que Villagómez me lo va a poner de nuevo en Barcelona, y otro que entregué hace dos años a Oliver». No he alcanzado a ver noticias de prensa de la representación en Málaga.

30. Afirma que en el Guimerá, que entonces se llamaba Teatro Principal.

31. El *ABC*, de Madrid, de 29 de septiembre de 1909, afirma en «Notas teatrales» (p. 14): «Un drama de Unamuno. En Salamanca ha estrenado don Miguel de Unamuno un drama titulado *La Esfinge*. / La Prensa de aquella localidad hace de la obra muy distintas apreciaciones; únicamente están de acuerdo al elogiar la labor de los intérpretes».

32. La transcribe NÚEZ CABALLERO, Sebastián de la. En *Ensayos y documentos sobre Unamuno en Canarias* (La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1998, pp. 16-17).

La lista de ciudades que verían su obra representada comprendería entonces: Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Cádiz, Málaga y Salamanca.

La representación en Tenerife dio origen a varias reseñas y noticias. Enterados ya por los periódicos de Las Palmas, el tema no les sorprende como novedad. Los escritos que he podido encontrar en la prensa tinerfeña son más numerosos que los aparecidos en Las Palmas de Gran Canaria.

El semanario *Barreno y... ¡Fuego!*, de Santa Cruz de Tenerife, se posiciona antes del estreno, calificando al autor de «excéntrico e incomprensible»; además, se equivoca al anunciar el estreno para el 6 de marzo³³.

La obra, según las demás publicaciones, se estrenó en Santa Cruz de Tenerife el 13 de marzo de 1909.

Anteriormente, en el mes de septiembre de 1908, *La Opinión* de Tenerife (22-IX-1908: «Cosas de teatro») anuncia el estreno de la obra. Dice:

Un querido amigo, que entiende de estas cosas de teatro, nos habló ayer de la agradable impresión que tiene respecto a la próxima temporada que hará en nuestro coliseo la compañía de Carmen Cobeña que, según ese amigo, trae un personal excelente por no decir de primerísimo cartel. En el repertorio –nos dijo– trae la Cobeña obras de gran mérito y, entre ellas, pásmese usted, los siguientes estrenos: Una comedia de don Miguel de Unamuno titulada *La Esfinge*; *María de Brial*, de los hermanos Millares, *La neurastenia de Pepito*, de Benavente; *Amores y Amorios* y *Las de Caín*, de los celebrados autores hermanos Quintero, y una traducción de una obra francesa, por Antonio Palomero. Estas obras, y otras que aparecerán con el repertorio (a más de las que constituyen los últimos éxitos), las trae la Cobeña para estrenarlas expresamente en los teatros de estas islas. No comentamos; sólo queremos que tan excelentes augurios se cumplan.

El 28 de noviembre de 1908, José Lorenzo Pérez, desde La Palma, en el artículo «Carmen Cobeña»³⁴, aboga por que su compañía –que se encuentra en Tenerife– se acerque a su Isla. Entre otras cosas, dice: «Trabajemos, pues, con ahínco, para que venga a esta ciudad Carmen Cobeña, para que pise el escenario de nuestro coliseo tan genial artista, que trae en su repertorio obras de tanto mérito como *Los intereses creados*, de Benavente; *El crimen de ayer*, de Dicenta; *La Esfinge*, de Unamuno». La compañía, como se ha dicho, no pasó a La Palma.

El 6 de febrero de 1909, *El Progreso*, de Santa Cruz de Tenerife, en «Crónica general», habla de «Acontecimiento teatral». Refiere que «la compañía de la notable actriz señora Cobeña, que actualmente se halla en Las Palmas, se propone dar cinco únicas funciones en esta Capital, poniendo en escena las últimas comedias del ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente, *La fuerza bruta* y *Por las nubes*; *La esfinge* de Unamuno, *María de Brial* de los Millares y la comedia *El gran tacaño*».

33. En el número de 6-III-1909, *Explosión* 41.^a, p. 2: «Crónica teatral», firmada por *Un ex-cómico*.

34. *Germinal* (Órgano del Partido Republicano, Santa Cruz de La Palma, año V, n.º 319, p. 2).

El 8 de febrero, *El Tiempo*, de Santa Cruz de Tenerife, bajo el título «Espectáculos», notifica «que la compañía dramática de la Sra. Cobeña que actúa en el teatro de Las Palmas tiene en ensayo un drama de don Miguel de Unamuno, titulado *La Esfinge*. / Dicha obra teatral, que es la primera que escribe el sabio rector de la Universidad de Salamanca, y que despertará en toda España gran curiosidad, será estrenada en estas islas».

El día 9 de febrero casi todos los periódicos de Santa Cruz de Tenerife (*El Tiempo*, *Diario de Tenerife*, *El País*), publican la carta del empresario Demetrio Alfonso Carrillo en la que afirma que abre «un abono por cinco únicas funciones» con la Compañía de Carmem Cobeña, con las obras citadas más arriba, añadiendo: «Además, dentro de ese abono se pondrá *La Esfinge*, primera producción teatral del sabio rector de Salamanca Unamuno, y *María de Brial*, comedia de los hermanos Millares». *La Opinión* publica la carta de Alfonso el día 11.

Diario de Tenerife, el 4 de marzo de 1909, p. 2, publica, firmado por X., el artículo «La Cobeña y el público de Tenerife». Entre otras cosas, dice:

Bien es verdad que en esta ocasión la Sra. Cobeña y su esposo el ilustrado dramaturgo don Federico Oliver, han tenido sumo acierto en escoger entre lo mejorcito de lo que últimamente se ha estrenado con éxito en Madrid, como son *La fuerza bruta* y *Por las nubes*, de Benavente, *María de Brial*, de los hermanos Millares, *El gran tacaño* de don Joaquín Abati y *La Esfinge*, primera producción ésta del sabio rector de la Universidad de Salamanca don Miguel de Unamuno, o como si dijéramos *miel sobre hojuelas*.

El Progreso (Diario Republicano Autonomista de Santa Cruz de Tenerife) del sábado 13 de marzo de 1909, da noticia del estreno en aquella noche de la obra de Unamuno, y transcribe parte de lo que de la obra publicó el *Diario de Las Palmas*. El escrito se titula «El estreno de esta noche. *La Esfinge*»:

Esta noche, según habíamos anunciado, se verificará el estreno del drama de Unamuno *La Esfinge*, que ha puesto en escena por primera vez la notable compañía de la señora Cobeña, para la cual reservaba las primicias de su obra el sabio rector de Salamanca.

Este estreno despierta gran curiosidad en el público por tratarse de la primera producción teatral de una tan elevada y discutida personalidad literaria, como Unamuno, que tanto relieve tiene en España.

La Esfinge se representó hace pocos días en Las Palmas, y la prensa toda la dedicó elogios entusiastas, considerándola como una creación digna de los más preclaros autores.

Uno de aquellos periódicos, el *Diario de Las Palmas*, condensa el argumento de la obra en los siguientes términos³⁵.

Seguidamente el mismo periódico presenta el cuarto y quinto párrafo de la reseña que Francisco González Díaz había publicado en *Diario de Las Palmas* el 2 de marzo («Un acontecimiento»), bajo el título «Opinión de González Díaz».

35. Sigue parte de la reseña del *Diario de Las Palmas* de 25 de febrero, desde «Puede decirse» hasta «en el teatro de Ibsen», o sea, nueve párrafos de la reseña, salvo algunas frases.

El periódico *El País* (Diario liberal de Santa Cruz de Tenerife) anuncia la obra. El 13 de marzo de 1909, en la sección «Teatro. *Por las nubes*», sin firmar, podemos leer: «Esta noche se pondrá en escena el hermoso drama en tres actos, en prosa, primera producción teatral del sabio Rector de la Universidad de Salamanca don Miguel de Unamuno titulado *La Esfinge*».

También la prensa isleña dio noticia y publicó la carta de Unamuno a Luis Millares Cubas, como Presidente de la Asociación de la Prensa de Las Palmas de Gran Canaria; también da la noticia, sin confirmar, de la traducción del drama al italiano por el Sr. Beccari³⁶ (*Diario de Las Palmas*, 13-III-1909: «Unamuno y *La Esfinge*»):

Miguel de Unamuno, el sabio rector de la Universidad de Salamanca y uno de los más grandes intelectuales de España, ha escrito una carta al presidente de la Asociación de la Prensa de Las Palmas³⁷, con motivo del telegrama que la asociación le dirigiera la noche del estreno de su drama *La Esfinge*, verificado en el teatro Pérez Galdós de esta capital a fines de Febrero.

La interesante carta de Unamuno dice así:

Salamanca, 28-11-09

Sres. don Luis Millares y compañeros de la Asociación de la Prensa.

Estimados compañeros: Al volver de un viaje que me ha tenido ocho días fuera de casa, me encuentro con su telegrama de felicitación a propósito del estreno de mi drama *La Esfinge*.

Yo me felicito por mi parte, de que se haya estrenado en ese país, al que por noticias e indicios tengo por cultísimo, de simpática curiosidad y libre de ciertos prejuicios. Y aún así no ha dejado de sorprenderme el que haya obtenido el éxito que en los telegramas me dicen, un drama algo extraño, en que todo pasa por dentro. Estoy lleno de curiosidad por recibir la prensa de esa ciudad.

Me figuro que el principal factor del éxito haya sido el Sr. Tatay.

Lo que deseo es que hagan saber al público de Las Palmas mi gratitud por la simpatía con que ha acudido a mi drama y por la prevención favorable hacia él que adivino hubo. Hagan constar en la prensa esta manifestación. Y pueden añadir

36. La traducción de Gilberto Beccari apareció en 1922.

37. La carta vino precedida de la contestación inmediata de Unamuno al telegrama enviado por la Asociación la noche del estreno. Lo transcribe, el día 4 de marzo, el periódico *La Ciudad*, en la sección «Información» («Generales»): «Contestando al telegrama que le dirigió la Asociación de la Prensa con motivo del estreno de su drama *La Esfinge*, el señor Unamuno nos ha dirigido el siguiente cablegrama: “Gracias telegrama acabo leer. Mi saludo gratitud prensa Unamuno”. Al día siguiente, 5 de marzo, lo transcribe, en la sección «Cartera de noticias», el periódico *La Defensa*, de Las Palmas de Gran Canaria: «El ilustre rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, ha contestado el telegrama que le dirigió la Asociación de la Prensa de Las Palmas con motivo del estreno de su drama *La Esfinge*, en el Teatro Pérez Galdós, en los siguientes términos: / “Gracias telegrama acabo leer. Mi saludo gratitud prensa. / Unamuno”. El mismo día 5, lo transcribe *La Mañana*, bajo el título «El drama de Unamuno».

que si yo tenía una cierta simpatía hacia Canarias, debida a que cuantos canarios he tratado se me han llevado el afecto; esto de ahora hace que crezca y aumente y aumenten y crezcan mis deseos de visitar esa tierra.

Y ustedes pueden siempre disponer como de un amigo de su compañero y S. S.

Miguel de Unamuno.

* * *

Ayer nos daban a nosotros la noticia, sin que de su fundamento respondamos, de que el drama del ilustre pensador, *La Esfinge*, acaba de traducirse por el Sr. Beccari al italiano, para ser representado por Novelli o por Zacconi³⁸.

También el 13 de marzo de 1909, *El Tiempo* de Santa Cruz de Tenerife publica «Una carta de Unamuno. Sus ideas», como queriendo preparar al público para lo que va a ver aquella noche en el Teatro Principal³⁹. Se trata, sin indicarlo, de la respuesta que Unamuno envía al director de *La Revista Blanca*, Federico Urales (pseudónimo del difusor del anarquismo Juan Montseny Carret) a la encuesta que hace la revista sobre qué autores nacionales y extranjeros habían influido en su pensamiento y a qué atribuían esta influencia⁴⁰.

El mismo periódico tinerfeño, en la misma página y día («Espectáculos») anuncia el estreno de la primera obra teatral de Unamuno, «que tan extraordinario éxito alcanzó en Las Palmas».

RESEÑA DE *EL LOCO-DIOS (A) DESTERRADO...*: «Teatro. *La Esfinge*»⁴¹:

Se trata de un librón de Metafísica.

El estudio del pensamiento sólo es estudio para los *locos*.

Para los *cuerdos* no hay psicología posible.

38. *La Mañana* (13-III-1909), sección «Las Palmas», habla de que la Compañía Cobeña está siendo muy favorecida en Santa Cruz. Anuncia que en la segunda quincena del corriente mes marchará a Santa Cruz de la Palma, donde ha habido abono. Más adelante afirma que «el drama *La Esfinge*, estrenado en nuestro teatro, acaba de ser traducido al italiano por el Sr. Beccari», y que posiblemente se encargue de su representación la compañía de Zacconi.

39. Recuérdese que en Las Palmas se espoleaba al público a la asistencia, presentándole unos días antes la entrevista que Domingo Doreste le hacía a Unamuno sobre el problema de la división provincial.

40. La respuesta de Unamuno se encuentra en el tomo IX de las *Obras Completas* de Escelicer, *Discursos y artículos*, en el apartado «Escritos dispersos» (pp. 816-818), bajo el título «Principales influencias extranjeras en mi obra». Al final se dice que fue «publicada en *La Revista Blanca* y recogida en el vol. II de URALES, Federico. *La evolución de la filosofía en España*. Barcelona: 1968». Ni en *Obras Completas*, ni en la obra de Federico Urales, aparece la fecha de la publicación, que debe ser de 1901. En el periódico de Santa Cruz de Tenerife no aparece ni el encabezamiento ni el primer párrafo de la carta.

El hombre pensador es un esclavo de sí mismo; el hombre que lee el corazón y el alma de los *karibes de levita* es loco; el hombre que no cree en la mujer porque la mujer es *bumo* es loco; el hombre misántropo y filántropo es loco; el hombre que predica la libertad y le niegan la libertad es loco; el hombre que adivina la telepatía, y sin creer en la Teosofía ve el espíritu que se impone a la carne bestia, del *bestia* hombre, es loco.

Loco fue Colón y Cervantes.

Locos, los héroes y los artistas.

¡Quién fuera un verdadero loco!...

* * *

Obra de estudio *La Esfinge*.

Obra que yo admiro en su manantial de ideas; en un mundo ignorado y soñador para los ángeles verdaderos del sacrificio y del *martirio*.

¡Hay muchos discípulos de Cristo! Hay muchos *fariseos* y *Jeremías*.

Hay Verónicas también –pero son las menos.

Nuestra *media naranja* es agria siempre en el fondo de su corazón. Siempre es *fruta silvestre*. (No se injerta nunca en el alma grande y santa del hombre).

La vanidad y la hipocresía son sus lemas ocultos y sagaces para engañar al *hombre cordero* la mujer astuta, por naturaleza.

Sólo la madre –y no todas– mienten ese amor loco, del loco hombre, que con sus grandes locuras da opimos frutos a la Humanidad de instintos siempre perversos y salvajes.

* * *

Yo me descubro ante todo lo que diga Unamuno.

El Evangelio es el evangelio...

* * *

41. Esta curiosa reseña se publica en *El País* de Santa Cruz de Tenerife (15-III-1909). El pseudónimo, de clara alusión a la obra de José Echegaray, no lo he podido desvelar. Aventuro que quien se esconde detrás de *El loco-Dios (a) desterrado*... es Rafael Romero Quesada. En estos días, se encuentra en Santa Cruz de Tenerife, como se ha señalado; por eso, lo del *alias*, «*desterrado*». Cuatro años más tarde, Rafael Romero, firmando como *Gil Arribato*, en «Confesiones de periodistas. Mi vida a saltos locos» (*El Tribuno*, Las Palmas de Gran Canaria, 12-XI-1913), al hablar de los escritores que le han hecho mella, dice: «Admiré hondamente como poeta a don José Echegaray, pero no me tragué nunca la grandeza lírica de Núñez de Arce». En la reseña del *Diario de Las Palmas*, que he atribuido a Rafael Romero, dice: «No faltó quien recordase a *El abuelo* de Galdós y *El loco Dios*, de don José Echegaray».

González Díaz que ama a los locos (porque él también es loco) será siempre dichoso, saboreando *La Esfinge*.

* * *

Doña Carmen Cobeña y todos los artistas interpretaron *La Esfinge* con el talentazo y arte que caracteriza a esta compañía que es de las mejores de España.

El loco-Dios (a) desterrado...

RESEÑA DE *LUIS ONCE*: «En el teatro. *La Esfinge*»⁴²:

No cabe duda que Unamuno se ha propuesto martirizarnos con sus incertidumbres sobre el ser y el no ser, con sus dudas sobre la fe y la razón, sin que sepamos a ciencia cierta si la una ha de ser consecuencia de la otra, o las dos de aquélla, o han de estar ligadas al árbol del bien y del mal para buscar en la libertad del *yo* la esclavitud de los otros o en la sumisión de los demás la propia salvación. Si pensamos en Dios nuestra dicha es segura, si amamos a Dios, nuestra perdición es fatal. Si rezamos confortaremos el espíritu, si oramos nos causaremos un mal espiritual. Si palpamos nuestra sombra, el *yo* interior, hallaremos, cándidos redentores, salvadores sublimes[,] la paz de nuestros cuerpos; si tocamos nuestro cuerpo, el *yo* exterior, encontraremos la guerra con el alma.

Es lástima que Unamuno no hablase conmigo antes de dar a luz su primera producción teatral para yo brindarle el parrafito que antecede e intercalarlo en cualquier parlamento de *La esfinge*; con lo cual, si bien no nos hubiésemos enterado de lo que quería decir la obra, hubiésemos contribuido a enmarañar más la madeja. Y algo es algo.

Nos presenta el rector de la Universidad salmantina un ser extraño, Ángel, del que no sabemos si es tonto o si es loco, pues únicamente llegamos a percibir que padece la monomanía del charlatanismo. Hase metido en la mollera unos cuantos volúmenes de la casa editorial Sempere y, claro, se ha hecho un lío de mil demonios que ni el Diccionario Enciclopédico, adornando inútilmente su biblioteca, logra desatar. Ángel se revuelve contra todo, protesta de sí mismo, arroja de su casa a los amigos, personajes que están en la obra para indicarnos las distintas modalidades de su ser, y pretende con místicas genuflexiones acallar la voz del *yo* rebelde; porque como dice contestando a Eufemia: «Cada día somos otro». Con sus peroratas ha llevado al pueblo a la revolución, o ha contribuido a ello, y en el momento que en la calle se preparan las barricadas Ángel protesta y se acuerda del Evangelio para decirnos: «Ya os lo dije y no me oísteis, ¿para qué queréis oírlo otra vez?».

Todo eso da por resultado que cuando Ángel sermona al pueblo desde la casa de un amigo y llama cobardes a los que están haciendo lo que él predicó y no se atrevió a hacer, le propinan un tiro, abriéndole de ese modo las puertas de la libertad. ¿Es

42. *Diario de Tenerife*. Periódico de intereses generales, noticias y anuncios (15-III-1909, lunes, p. 2). ¿Será su autor Luis Rodríguez Figueroa?

que Unamuno recuerda todavía la frase del sociólogo italiano Ferri *la libertad es la muerte?*

La obra se escucha con atención, con respeto, reconociendo en su autor dotes excepcionales de filósofo y una cultura grandiosa que le permite asimilar las creaciones de los más preclaros ingenios. Discutir esto es pretender que Unamuno sea como nosotros y nosotros diferentes a él. Por eso *La esfinge* ha de causar cierto malestar y cansancio en gran parte del público, sin que sean bastante a aminorarlo las muchas bellezas y pensamientos atrevidos que contiene la obra. A nosotros, a muchos de nosotros, tiene que parecernos de mal gusto llevar al teatro teorías filosóficas que son para degustadas en el interior del gabinete, después del estómago repleto, para abandonarlas luego y hacer lo que mejor a uno le convenga.

Precisamente eso es lo que predica Unamuno, que cada uno haga lo que mejor le convenga, que luche contra esos convencionalismos que por esclavitud ideológica, por una consecuencia con las ideas que antes perjudican que benefician, porque los demás no digan que hoy no pensamos como ayer y que no tenemos firmeza en las convicciones, precisamente contra todo eso se revela Unamuno, sin que esto sea una novedad para nosotros pues ya conocemos de antiguo el genio inquieto y un tanto extravagante del rector de la Universidad salmantina.

Los adoradores de la teofobia lamentaron que Ángel, protagonista de *La esfinge*, pensase más en Dios que lo que ellos desearían. Pero ¿es esto una falta? Contesten por mí los que considerando todo lo de ultratumba como un absurdo consideren como un absurdo también el ateísmo.

La obra efectivamente no es teatral; los actores se encuentran a disgusto encarnando aquellos muñecos que danzan al compás de las palabras de Ángel y únicamente Ruiz Tatay pudo lucir espléndidamente todo su talento. Estuvo afortunadísimo y en algunos instantes, como el de la muerte, colosal. Fue un trabajo enorme el realizado por este actor; bien puede agradecerle Unamuno los aplausos que anteanoche se escucharon.

Mañana hablaremos del estreno de *María de Brial*, obra que anoche encantó al público por la belleza del lenguaje.

Luis Once.

RESEÑA DE RAMÓN GIL ROLDÁN: «Acontecimiento teatral. Los últimos estrenos»⁴³:

La Esfinge

La noche del estreno de esta obra está aún vecina y todavía duran los comentarios en donde quiera que uno va. ¡Y qué comentarios más contradictorios y extraños!... Éstos dicen que no entendieron la obra: tales son los que han menester como Felipe, uno de los personajes, un oportuno raspado de la matriz de la mentalidad; otros, los del género abominable de catedráticos de entreactos, hablan de inverosimilitud y de antiteatralidad, llegando a decir que es la obra de un loco –cabalmente lo mismo

43. *El Progreso* de Santa Cruz de Tenerife (15-II-1909, p. 2). Primero aparece la reseña de *La Esfinge*, firmada por R. Gil Roldán; en segundo lugar, la de *María de Brial*, de los hermanos Millares, firmada por *Phsquís*, pseudónimo, creo, de Ramón Gil Roldán.

que de *Ángel* el protagonista dice el coro de imbéciles, que le rodea—; otros, los más, la toman a chacota, hacen chistes baratos, parodian la fraseología y algunos momentos escénicos del drama, proponiendo al concurso de gomosos que les escucha la sustitución en la parodia proyectada del aria de Stradella que suena en un supremo instante trágico, por el tango del morrongo, y aquel intenso «mírame a la mirada» con que *Ángel* quiere sondear el alma de su esposa, por el timo afortunado de «mírame este ojo»..., pero lo cierto es que todos ellos fueron al teatro y escucharon con religioso silencio la obra y no se opusieron a los aplausos nutridos y espontáneos con que el público —este público donde no hay *claque*— la celebraba al final de actos y escenas, sin que les valga ahora decir que lo hicieron por corrección y cortesanía, sino que por miedo cobarde al qué dirán no osaron patear una obra de Unamuno o que esperando ir al teatro para desentrañar un logogrifo estilo Novejarque, a que, valgan verdades, es aficionado el sabio autor, hallaron una obra intensa, profundamente afectiva en el fondo, aunque desprovista de sentimentalismo al uso y prefirieron guardar el comentario para el *smoking room*, para el café y para la esquina de la plaza.

¡Ah, el supremo juez vestido a *la dernière*, como un figurín parisino, suscriptor de *Actualidades* y de *Los Sucesos*, enciclopedista del Bailly-Baillère, barnizado el magín con media docena de asignaturas académicas oficialmente sabidas, dado el caduco brillo, como las botas de becerro, con la lectura entre expediente y expediente o vara y vara de tela despachados, del *Cuento semanal* o la *Novela de ahora!*

Dicen que los españoles tenemos todos dentro un dramaturgo y esto es inexacto: lo que tienen la mayoría de los españoles dentro es un juececillo ridículo dispuesto siempre a juzgarlo todo corre corriendo y a *cachondearse* (sic)⁴⁴ de su propia sentencia.

Más que nunca fuera de su centro este alegre compadre togado, cuando pretende juzgar alegremente, con severidad de sainete, la obra de un hombre reflexivo y sabio, siquiera fuere, como dice Pajares que es, un «profesional del contraste», «un paradojista de la vida».

La obra es esto sencillamente: *Ángel* es un sabio a quien llaman loco, porque habiendo hallado al fin de su sabiduría, en la última página del último libro leído[,] un interrogante desesperador, se ase de él y con él se eleva hasta donde los demás no pueden seguirle, hasta esa región empírica de la mentalidad pura, donde la lucha consigo como un condenado soportando sobre sí mismo el peso abrumador de su yo de hombre, incapaz de remontarse más arriba porque el corazón le llama hacia abajo y le tira de los pies el peso de la carne.

En esta dolorosa ascensión hacia el *¿por qué?* siempre ignorado, hacia el *¿qué más allá?* nunca descubierto, en un soberano arranque de altruismo quiere colgar de sus pies a los humildes para que suban con él...

¡Quién sabe!, allá arriba en la región inconquistada, desconocida, detrás de la actualidad miserable, en el porvenir tenebroso del pensamiento, acaso está la sinceridad preñada de amor, la felicidad con la deificación del hombre, la ansiada y santa libertad que rompe los hierros de los oprimidos de la vida... y con este mayor peso de los humildes, de los hambrientos que se agarran a él como náufragos espirantes, por un supremo esfuerzo de voluntad, dislocando sus músculos casi atónitos[,] hace una

44. El «sic» aparece en el periódico.

reflexión hercúlea asido siempre de su interrogante como un atleta, pero es tan grande la carga sostenida que la gravedad le precipita y cae con estrépito y catástrofe en la mísera realidad, donde halla para premio de su esfuerzo a los imbéciles proponiéndole fáciles caminos para subir sobre el propio pedestal sangriento de los que cayeron con él y a los mismos humildes apellidándole cobarde, increpándole de traidor...

Egoísta entonces, quiere subir solo, aligera su carga, rompe con amistades y afectos, aun con el amor de su propia esposa, a quien juzgó sincera y enamorada, hallándola luego sólo hambrienta de gloria, que pretende conquistar con el nombre del esposo; y encerrado en sí mismo se aísla con su pensamiento confiado en que él le ha de llevar a lo inexplorado..., sube y cae esta vez como la otra, sube y cae cuando ya tarde entendió que para ser felices los hombres han menester de mirar para arriba, para lo alto, más allá del interrogante misterioso, pero sin pretender desentrañar la respuesta oculta a ojos carnales, sometiéndose a la soberanía infinita de lo desconocido; de rodillas y orando ante el Misterio.

La realidad de la vida es una bala de las turbas populares, que le mata cuando orgulloso las increpa... La realidad de la vida es la muerte.

Queda la esperanza cerniendo su manto misericordioso sobre la frente del sabio moribundo... alrededor los amigos, la esposa casi madre a quien pide perdón por su pecado de orgullo y en frente el Cristo en la cruz abiertos los brazos para recibir un alma...

¿Qué es no teatral? ¿Qué es un monólogo acotado con las solas palabras de los muñecos que en torno de *Ángel* se agitan?

¡Qué importa! Es vida, es realidad, es arte.

* * *

La labor de los artistas, notable. Ruiz Tatay, sobre toda ponderación. En nuestra escena muy pocas veces actor alguno habrá realizado un trabajo de mayor empeño y mérito.

R. Gil Roldán.

RESEÑA DE *ROGER DE FLOR*: «Teatro»⁴⁵:

La Esfinge, drama original del ilustrado Rector de la Universidad de Salamanca Sr. Unamuno, cuyo estreno se verificó el sábado, no fue muy del agrado de nuestro público.

Con harta frecuencia ha demostrado el sabio metafísico, autor de *La Esfinge*, poseer un talento potentísimo, una erudición sin límites, una vastísima ilustración; pero esta

45. *El Tiempo* (Diario de asuntos generales e información, defensor de los intereses del país, 15-III-1909). *¿Roger de Flor* será pseudónimo de Leoncio Rodríguez, que a veces firmó como *Luis Roger*?

vez nos ha demostrado el Sr. Unamuno que desconoce por completo la escena, sin que esto niegue, por supuesto, que nuestro profundo pensador siga siendo tan hombre de talento y de erudición, ni que la obra de que me ocupo tenga un valor muy grande, una tesis tan hermosa como profunda y unas ideas⁴⁶ simbólicas enérgicamente asombrosas que impresionan grandemente y que nos hacen pensar; pero todo esto servido en un volumen, en una obra que habría resultado verdaderamente hermosa y en donde el autor, sin sujetarse a los moldes de la escena, al patrón por que han de ser medidas las obras teatrales si se quiere que lleguen a agradar al público, servido en esta forma, repito, habría ganado un mil por uno el drama del docto catedrático; pero en forma teatral, ni da lugar a que se piense en sus simbolismos, como se haría leyendo y releendo las páginas de un libro hasta llegar a sondear los significados de los mismos, ni nuestro público gusta de tres actos de filosofía, sino que por el contrario, se aburre y se fastidia grandemente porque no está acostumbrado a un teatro de ideas.

Nuestro público no acude al templo de Talía a pensar y sumergirse en cavilaciones sino a divertirse, a distraerse y a aprender también si es que de paso se le enseña; sabiéndole enseñar, con claridad, con pensamientos comprensibles, que no por eso dejan de ser hermosos, pero no con figuras simbólicas, oscuras, impenetrables, con conceptos excesivamente metafísicos, muy pronto todo ello para resonar en un templo donde se congreguen personas de un agudo saber, de un talento y de una inteligencia capaces de comprender verdades tan grandes como incomprensibles, no en un teatro de España donde, desgraciadamente, si hubiesen de pagar doble entrada los analfabetos y los que han pasado de las primeras letras, se harían ricas las empresas.

La obra del Sr. Unamuno será todo lo hermosa y todo lo grande que se quiera; pero no como obra teatral. La prueba de ello es que anoche no gustó. Esperemos a que sea estrenada en Madrid, si es que se estrena, y, o mucho me he de equivocar[,] o público y críticos se encargarán de echarla al foso. Y es que nos hemos de convenir de que en España no gustamos de cosas que nos hagan pensar y que nos quiten el sueño. Créame el sabio filósofo: lo que en nuestra patria priva más que nada es otra cosa: que se le dé al pueblo corridas de toros, zarzuelas «sicalípticas» con sus tanguitos y sus «couplets» cuanto más «picantitos» mejor y se le tendrá contento. El género chico está hoy a la orden del día; díganlo si no los no muy lejanos éxitos alcanzados por *Las Bribonas*, *La carne flaca*, *Si las mujeres mandasen*, *Alma de Dios*, etc., etc. y los que obtuvieron anteriormente *Ruido de campanas*, *La gatita blanca*, *Apaga y vámonos*, *El ratón*, *La hostería del laurel*, *La guedeja rubia*, *El arte de ser bonita*, y otras muchas. Y convengamos en que todas ellas tienen muy poco de filosóficas.

* * *

Quizá otro día, si podemos leer meditadamente *La Esfinge*, procuraremos hacer un estudio detenido de la primer obra teatral del Rector de la Universidad salmantina.

* * *

46. En el periódico: «una de ideas».

La interpretación de *La Esfinge* no dejó nada que desear. Todos los artistas que en ella intervinieron trabajaron con muchísimo acierto, especialmente el Sr. Ruiz Tatay cuya labor fue meritísima.

Roger de Flor.

RESEÑA DE *LA OPINIÓN*: «Teatro»⁴⁷:

La Esfinge

Esta primera obra dramática del Rector de la Universidad salmantina fue estrenada el sábado.

La curiosidad que había por conocerla, tratándose de una personalidad de tanta talla intelectual, hizo que el teatro se llenara. Era un acontecimiento.

Canarias ha tenido la satisfacción de conocer esta producción de Unamuno, antes de estrenarse en España.

Es una consideración que su autor ha tenido con nosotros, que debemos agradecer, y agradecemos.

La obra, como se esperaba, fue objeto de una gran controversia, en los entreactos, en los vestíbulos y pasillos.

Las ideas, hermosas y profundas, que ha vertido Unamuno en esta obra, prestáronse a muchos comentarios.

El público asistió a la representación con gran respeto, aplaudiendo algunas escenas y, sobre todo, la labor del Sr. Ruiz Tatay que demostró cumplidamente, sin restricciones, sus cualidades de artista, su talento.

Fue una labor hermosa, de realce, muy lucida.

La Sra. Cobeña estuvo también admirable, como siempre.

El Sr. Requena merece también que se le elogie.

CARTA DE UNAMUNO A GONZÁLEZ DÍAZ: «Otra carta de Unamuno»⁴⁸:

Nuestro querido amigo y compañero don Francisco González Díaz ha recibido una carta de don Miguel de Unamuno. Como resulta siempre interesante lo que diga un hombre de la talla intelectual del ilustre rector de Salamanca, nos complacemos en reproducir unos párrafos de dicha misiva que expresan el afecto y consideración del Sr. Unamuno hacia nuestro país:

47. *La Opinión* (Santa Cruz de Tenerife, decano de la prensa de Canarias, 15-III-1909). Sin firmar.

48. *Diario de Las Palmas*, 16-III-1909, martes, p. 1. *La Opinión* de Santa Cruz de Tenerife (24-III-1909, p. 1) publica la carta bajo el título «De Unamuno», con el siguiente comentario final: «Por el juicio que al Sr. Unamuno ha merecido el manoseado asunto de la división de Canarias deducimos que tampoco él conoce a fondo las verdaderas necesidades de esta provincia. / Sería, pues, muy conveniente para todos, que el original pensador se tomara la molestia de visitarnos, dispensándonos con ello un honor que sería muy agradecido».

«A mi vuelta (de Valencia) me he encontrado con lo de mi drama. Atribuyo buena parte del éxito a cierta predisposición favorable hacia mí. No sé por qué, pero es el caso que he recibido ya varias muestras de simpatía de paisanos de usted. Y es una de las cosas que me movió a dar mi parecer sobre el problema local que ahora les agita.

Es una lástima no sólo que se conozca aquí tan mal ese país, sino que haya tan poco deseo de conocerlo bien.

Yo sí que tengo ganas de ver eso, que amigos míos que han estado ahí me lo pintan como un paraíso.

Quiero que considere usted como un amigo a su afectísimo

Miguel de Unamuno».

Grande honor constituye para nosotros el merecer los sentimientos afectuosos y benévulos, los elogios de personalidad tan elevada en el mundo del pensamiento.

Anímese a venir a Canarias el señor Unamuno, y esté seguro de que en esta tierra, donde tanto se le respeta y se le admira, no habrá para él más que homenajes manifiestativos de ese respeto y de esa admiración.

RESEÑA DE *PETRÓNEO*: «Con pretensión de crónica. Obras y Críticos»⁴⁹:

¡Menuda zaragata han armado nuestros jóvenes y excelentes críticos teatrales!...

Unamuno –el enrevesado Unamuno– y los hermanos Millares –paisanos y literatos– han caído bajo las plumas entusiastas y fogosas, casi me atrevería a llamarlas rebeldes, de Gil Roldán, *Phsquis* y *Luis Once*.

Y este *casi*, que no agrada seguramente a aquéllos mis buenos amigos y compañeros, porque psicológicamente se tienen por anarquistas ideológicos, no significa otra cosa que un mero pensamiento condicional de mi espíritu.

Yo no juzgo la rebeldía como un *sport* literario, ni aun en el caso de venir de hombres como Unamuno, incongruente, versátil e incomprensible, ni a la manera simbólica de los hermanos Millares. Yo comprendo la rebeldía esencial, práctica, que palpita en todas las obras de Benavente; esa rebeldía intensa, que lucha por ser real antes que ser sentimental, sin ir a buscarla, como hace Unamuno, en las ficticias modalidades de un ser imaginario, o en los personajes borrosos y oscuros de los Millares, arrancados a las obras de Ibsen o a las de Pérez Galdós, en su arte dramático.

Por estas ligeras y modestas apreciaciones críticas, que no tienen para nadie el calor que tienen para mí, precisamente por ser mías, vengo ahora a percatarme de que estoy más de acuerdo con *Luis Once*, que con Gil Roldán y con *Phsquis*, por más que aquel acuerdo no sea absoluto y uniforme.

Ni pienso como Gil Roldán piensa de los que como él no piensan, ni voy con *Phsquis* a proclamar la originalidad de los hermanos Millares.

49. *La Opinión* (Santa Cruz de Tenerife, 17-III-1909, p. 1). *Petróneo* es pseudónimo del director del periódico Policarpo Niebla González.

El que no está con Unamuno, está contra mí –dice Gil Roldán–. Y esto, realmente, aparte sus ribetes de sectarismo, es de una esclavitud personal a Unamuno, que tiene de malo lo que tiene de pretendida generalidad. Porque no veo la razón para que todos nos sometamos a las genialidades del célebre Rector, por el hecho subjetivo de que esa admiración la sienta Gil Roldán.

Y si *La Esfinge*, como asegura *Luis Once*, va contra todo convencionalismo y predica el *que cada uno haga lo que mejor le convenga*, menos acierto a explicarme esos denuestos con que Gil Roldán *acaricia* a quienes, reconociendo el poder mental de Unamuno, pues sin él no se le admitirían muchas de sus genialidades, por no llamarlas tonterías, estamos muy lejos de rendirnos a las *proezas revolucionarias* de *La Esfinge*.

El teatro no es centro de cotización donde el autor abra mercado a sus ideas extravagantes, sino punto al que concurran las que son adecuadas a la realidad de los problemas sociales, sin *Ángeles* que divaguen tonta o locamente... Para éstos, los manicomios.

¡Si lo que más admiramos en Benavente es la humanidad de sus personajes, la idea exacta de que o somos de ellos o con ellos vivimos y con ellos nos codeamos!... ¿A qué venimos con esos seres muertos, que desde lejos nos brindan el concepto de un vulgar artificio?...

«¡Ah! *La Esfinge*, de Unamuno[,] es un monumento de filosofía... ¿empírica o barata?...

Petróneo

16/3/909.

COMENTARIO DE *LUIS ONCE*: «EN EL TEATRO»⁵⁰:

–*El nido ajeno* es ya una obrita muy antigua, ¿verdad?

–No, muy antigua no; pero sí una de las primeras que Benavente dio al teatro... [...]

–¿Qué escándalo era ése que traían ustedes en el saloncillo de fumar?

–No era propiamente un escándalo, Charito, una pequeña discusión quizás motivada porque la caracterización de Ruiz Tatay en *El nido ajeno* nos ha hecho recordar la de *La Esfinge*.

–¿Y qué se discute? Digo, si puede saberse.

–Todo lo que usted quiera, hija. No hablábamos en secreto y no sé por qué usted ha de ignorarlo. La cosa se reducía a que *Petróneo* la emprendió con los revisteros teatrales a propósito de la obra de Unamuno y a uno daba la razón, a otro se la quitaba... Lo de siempre; cuestión de gustos.

–¿Y eso era todo?

–Ya ve usted. Ese Unamuno cada vez que habla o escribe organiza una tempestad de discusiones.

Un día se le ocurre decir que España es una olla de grillos, cosa que ya han dicho otros que sólo por repetirla Unamuno resultaría novedad y ya tiene usted a los

50. *Diario de Tenerife* (18-III-1909). Es un fragmento de un diálogo más extenso.

españoles discutiendo si la frase es razonable, si la frase es injusta, si a los sabios consagrados se les debe respetar aunque hagan disparates, si no merecen atención y otras cosas por el estilo. Con lo cual, queriendo aquilatar la razón de Unamuno, se la damos cumplidamente.

—¿Y usted qué decía?

—Yo nunca digo nada. Cuando hay mucho público en derredor[,] oigo, veo y callo, porque siempre ha de haber alguien que no esté conforme con lo que yo hable y antes de darle el gusto de ponerse en mi contra me doy yo el disgusto de permanecer silencioso.

—Y como a nadie le da la razón...

—Claro, a nadie se la quito. No tengo derecho a otra cosa.

—Pues en el periódico no es usted así.

—En el periódico es otra cosa. Cuando escribo lo hago solo; sé que nadie me escucha y doy rienda suelta a lo que pienso; no he de ver la cara de los que se sientan contrariados y por lo tanto aprovecho esa libertad del momento. Después publico lo que escribo. ¿Qué usted lo lee y no le gusta? ¿Y qué culpa tengo yo? ¿Qué usted lo lee y le desagrada? Tampoco estoy en la obligación de saber cuáles son sus aficiones y cuáles las cosas que le molestan.

—Con esta conversación casi no me entero de lo que dicen en la escena.

—Pues a callar, niña, que yo soy de los que censuro que se hable mientras el telón está alzado.

—Espere usted, la última pregunta. ¿Qué ponen mañana? ¿Ha visto usted el programa?

—*Lo positivo*, de Tamayo, y *Un drama en cinco minutos*, de Ricardo Manso.

Luis Once.

OTRO COMENTARIO DE *LUIS ONCE*: «En el teatro. Despedida de la Compañía»⁵¹:

De obras ya sabemos que la Compañía nos ha dado a conocer lo más moderno y notable de la dramaturgia española. El genio irónico y chispeante de Benavente ha sentado más de una vez sus reales en el escenario del teatro principal; la gracia andaluza de los hermanos Quintero ha alegrado nuestras vigiliadas; la observación exquisita de Oliver nos ha regocijado varias veces; los Millares; Gil Parrado, Abati, Ramos Carrión y hasta Unamuno, el paradojista inmenso, han desfilado en brillante revista por ante los ojos del público de Santa Cruz.

El mismo 24 de marzo de 1909, *El País*, de Santa Cruz de Tenerife, sin indicar de dónde lo toma, publica «De la correspondencia de un luchador»⁵², firmado por Unamuno. El artículo había aparecido en *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, el 1 de marzo de 1909, y en él aparecen concomitancias con el drama visto y oído por los asistentes al estreno en el Teatro Principal.

51. *Diario de Tenerife* (24-III-1909). Hace la síntesis del trabajo de la compañía en Santa Cruz.

52. Formará parte de *Mi religión y otros ensayos breves* (1910).

COMENTARIOS DE *BR. CORCHUELOS*: [Primero] «Notas y apuntes. Sobre el arte escénico»⁵³:

I

Sobre el arte escénico

La representación de *La Esfinge* en la escena de nuestro teatro Principal no ha tenido el éxito que esperábamos, aquel que corresponde a la vigorosa mentalidad de Unamuno. Los revisteros de la prensa local no han dicho claramente las causas del fracaso: hasta creemos que no han sido sinceros cuando elogian la elevación del pensamiento, la concepción ideológica y la tendencia del drama; no porque no hayan sabido comprender lo que la obra tiene de esencial e interno, sino más bien porque no han querido seguir a Unamuno en su afanoso correr tras la Verdad, temerosos, quizás, de que la jornada no ofrezca otro resultado que el que Ángel encuentra en las furias populares.

No conocemos *La Esfinge*, a cuyo estreno no nos fue posible asistir; pero como esta obra ha sido y sigue siendo discutida, y en tanto que unos la elevan a la categoría de producción ibseniana, otros la condenan a irremediable foso, pedimos la palabra y recabamos el derecho a intervenir, ya que no para desentrañar el símbolo de la obra de Unamuno, al menos para buscar las relaciones que pueden existir entre la complejidad psicológica del sabio catedrático, constantemente atormentado por los dolores de la duda –lo que explica las frecuentes contradicciones que la crítica le señala y su interés obsesivo en proclamar la Sinceridad como norma única de la vida (1)– y el estado actual del espíritu humano, absorto, vacilante en medio del resquebrajamiento y de la ruina de los viejos pilares de la sociedad.

Para esto no necesito conocer *La Esfinge*. Me bastan los extractos de la obra que ha publicado la prensa local y la autobiografía de Unamuno que *El Tiempo* nos ofreció hace pocos días⁵⁴.

Ante todo, puntalicemos el concepto del arte; y más que del arte, en sí, independientemente de causa y efecto, de la función social y moral del arte, porque el arte es y tiene que ser manifestación social y reacción humana.

La historia universal demuestra de una manera indudable que cada época posee sus ideas y sentimientos especiales, que son *fuerzas colectivas* de acción eficiente en todas las manifestaciones de la actividad social.

La aspiración del infinito –se ha repetido hasta el cansancio– del espiritualismo cristiano de la Edad Media se traduce en los hechos y en las obras de aquella época, y adquiere su exteriorización tópica en las producciones artísticas. Véase, si no, reduciendo el círculo del arte, la historia del arte escénico, que no es otra cosa que la historia de los pueblos y de las edades. A humanidades simples, como las pasadas, correspondía arte simple; a generaciones de espíritu complejo, como las presentes, corresponde arte complejo. A épocas trágicas, arte trágico. A pueblos heroicos, arte

53. *El Tiempo* (Santa Cruz de Tenerife, 19-III-1909). *Br. Corchuelos*, pseudónimo empleado por José Cabrera Díaz. Se descubre él mismo, al enviar desde Cuba, en 1910, parte del tercer artículo bajo la firma de su nombre verdadero.

54. *El Tiempo*, 13-III-1909: «Una carta de Unamuno. Sus ideas».

heroico. A naciones caballerescas, arte caballeresco. A tiempos utilitarios, arte calculista y mercantil.

La ley de la solidaridad social, estática y dinámica, de Augusto Comte, nos hace comprender sin esfuerzo que una *armonía natural* preside los desenvolvimientos sociales, y que, así como están relacionados los órganos y las funciones de un organismo, existe una vinculación íntima, resultante de la identidad de espíritu, tendencias, preocupaciones y creencias, entre las instituciones, las costumbres, las leyes de una sociedad.

Aún más; es tan íntimo este lazo, que los mismos individuos, aun aquellos geniales, tienen necesariamente su *filia*ción en el sentido más elevado de la palabra...

Aparte la concepción ideológica sustentada por Unamuno en *La Esfinge*, que puede ser de renunciamiento, de abandono, de muerte, justo es reconocer que los revisteros que con tan rara unanimidad se han expresado contra la mencionada obra en cuanto ésta carece de condiciones escénicas y no se halla ajustada al patrón de técnica teatral que impone el gusto del público, no hace más que sostener la absoluta, vale decir, la arbitraria fórmula: «el arte por el arte», ignorando que el arte es una manifestación social, una función de la vida colectiva y que, como todo, «el arte es de la vida y para la vida».

Arrancar al arte su carácter de producto genuino de una época dada es pretender que el arte sea no más que trabajo de artificio.

Y la época actual, que, frente al decadentismo del arte por el arte, preocupado sólo de la forma, de la técnica, del mecanismo, con absoluta indiferencia del nervio y la esencia que prestan calor y movimiento a la obra de arte, proclama el arte por la idea..., entendedlo bien, por la idea, que no es lo mismo que por las ideas; y la época actual, repetimos, que pone por encima del culto a la palabra y a la forma el arte por la vida, no puede revelarse en obras bellas, de belleza externa, de hermosura deslumbradora, sino en obras de belleza moral, de grandeza psíquica, de noble aspiración al descubrimiento de la Verdad, de profundo anhelo por conocer lo que en su seno guarda la impenetrable *esfinge*.

No debemos, pues, preocuparnos de la forma, sino buscar en el fondo lo que el filósofo o el artista ofrezcan como símbolo de ideas generales. Los dramaturgos catalanes sienten un justificado desprecio por la forma y el artificio, y sus producciones se desarrollan por procedimientos de primitiva y plácida sencillez.

Ibsen tuvo en bien poco la técnica teatral; y cuando leemos las obras de Strindberg, de Bjoersen o de Hauptmann, consideramos imposible que hayan alcanzado éxitos escénicos.

Mucho mejor sería, claro está, que el pensamiento tuviese siempre, no sólo la manifestación literaria adecuada, sino el desarrollo artístico que mantuviese vivo y creciente el interés del público; pero no proclame nadie, porque eso sería caprichoso y arbitrario, que, cuando estos dos factores de exteriorización no reflejan la grandeza del pensamiento, éste merece escaso aprecio. No ha sido apreciada en poco la concepción de Unamuno, ya que todos reconocen su profundidad y su belleza, pero todos también insinúan la atrevida opinión de que *La Esfinge* no es obra teatral y de que a Unamuno no le llama Dios por el camino del arte escénico, para cuyo cultivo requiérense especiales condiciones, conocimientos técnicos determinados. Y este es el error, porque quien tenga ideas y desee expresarlas no ha de encontrar limitada

la libertad de escoger los medios, que con preferencia han de ser aquéllos que mayor virtualidad y más eficacia y vigor comuniquen a la propaganda; nunca aquéllos para los cuales se siente mejor disposición.

La época actual es época de discusiones y de luchas. La resolución de las trascendentes cuestiones que se debaten solicita el concurso de todas las inteligencias. Y el arte, en todas sus manifestaciones, siendo función social y reacción humana, tiene que ser producto genuino de la época.

Las mismas artes plásticas –la pintura, la escultura, la arquitectura, hasta la música– han roto los moldes clásicos, para ofrecer, no la armonía del conjunto, desdeñosas de lo externo y secundario, sino o bien un episodio de la lucha o bien la fórmula de resolverla.

Si esto es así, ¿con qué títulos, a nombre de qué tradiciones –contra las cuales el espíritu se rebela– se han de mantener la técnica teatral y el mecanismo escénico, que pueden ser aún del gusto de la muchedumbre, más pagada del artificio que del arte, y que pueden ser entretenimiento al alcance de todos, pero que pueden no satisfacer los nobles anhelos del espíritu ni amoldarse a la espontánea y normal manifestación del pensamiento?

Br. Corchuelos.

(1) «Si fuéramos sinceros –dice el protagonista de *La Esfinge*–, no habría odios, ni rencores, ni desconfianzas. Si las almas se presentasen desnudas, sin fingimientos ni disimulos, llegaríamos a amarnos todos, seríamos indulgentes, generosos, tolerantes y el amor uniría a las almas de los hombres»⁵⁵.

[Segundo] «Notas y apuntes»⁵⁶:

II

Carácter y tendencia del arte

En nuestro artículo anterior pretendimos, partiendo del principio, para nosotros incontrovertible, de que el arte es una manifestación social, producto genuino de una época o de una raza o de un pueblo dados, demostrar que la complejidad psicológica de la humanidad en los presentes momentos históricos, en medio de la ruina de las antiguas creencias y del descrédito de los más firmes ideales, cuando todas las voluntades se hallan empeñadas en el esclarecimiento de profundos e intrincados problemas de todos órdenes, exige una nueva definición del arte, pues éste ya no tiene por fin hacernos sentir la belleza y el placer, sin más objeto trascendental

55. La cita debe estar tomada de la noticia del estreno de *La Esfinge* en Santa Cruz de Tenerife que se publicó en el periódico tinerfeño *El Progreso* (13-III-1909), bajo el título «El estreno de esta noche. *La Esfinge*». Allí se transcribe parte de la reseña que apareció, sin firma, en el *Diario de Las Palmas* (25-II-1909, p. 3), bajo el título «Teatro. *La Esfinge*», donde se encuentra la cita. Se trata de una réplica de Ángel del comienzo de la Escena III del Acto I de la obra, con variaciones con respecto a las *Obras Completas*.

56. *El Tiempo* (Santa Cruz de Tenerife, 23-III-1909, martes, p. 1).

que el mismo placer y la misma belleza, sino el más elevado y noble fin de exaltar la vida, de engrandecer la vida; porque el arte es algo más que «la manera de hacer una cosas según cierto modo o ciertos procedimientos», como lo definió Littré, siendo, quizás, mejor «la encarnación del ideal», según Toussenel, o «la representación de lo absoluto», según Victor Cousin, quien añade que «el fin del arte es la expresión de la belleza moral».

No sabemos con certeza cómo pensaban del arte Ruskin y Guyau, porque el arte, en estos maestros de la estética intuitiva, que es la única estética verdadera, ya que en la belleza y en el gusto no cabe el experimento ni el cálculo matemático, no se presentan con definiciones absolutas ni siquiera terminantes; pero se nos antoja que estaban separados por igual de los místicos que de los ideístas y de los naturalistas, y que ellos iniciaron, quizás inconscientemente, en Ruskin más que en Guyau, esta poderosa corriente que se dirige a unir la vida con el arte, esto es, a hacer un arte para el engrandecimiento y posesión de la vida, no una vida especial de refinamientos decadentistas para este arte académico de los partidos y de los cenáculos que decretan y legislan como si el arte pudiera encajonarse en un molde determinado.

Proclamar la doctrina del «arte por el arte» es negar el arte en lo que él tiene de providencial; es quitarle la gloria de su misión en el perfeccionamiento de la sociedad. ¿En qué se convierte el artista cuando no posee más el sentimiento de su misión? ¿Puede utilizar su inspiración? No, mientras no tenga otro fin que hacer arte por arte.

Hablando de la novela contemporánea dice Unamuno⁵⁷: «El arte por el arte! Pongo los codos sobre la mesa, las mejillas apoyadas en las palmas de las manos, la cabeza baja, cierro los ojos, me repito “¡el arte por el arte!” y me quedo dormido. Eso me parece una cosa así como lo de “los extremos se tocan”, o “menos política y más administración”, o “más industriales y menos doctores”, o cualquier otra cosa por el estilo».

Y luego añade:

«Si, pues, es el arte para el hombre, y el fin del arte es recrear —esto es, volver a crear—, recrear, vitalizar, consolar y elevar el espíritu al hombre, toda obra de arte será tanto más perfecta cuanto más le recree, vitalice, consuele y eleve. Y si una obra de arte en que haya enseñanzas y objetivo moral me gusta y me distrae más que otra en que no las haya, la tengo por mejor. Y DEBO DECLARAR QUE HAY OBRAS DE ARTE EN QUE SI SE LES QUITARA LO QUE DICEN LOS ESTETAS QUE ES EN ELLAS AJENO AL ARTE MISMO, ME RESULTARÍAN MÁS FEAS, MENOS ARTÍSTICAS, O SEA MENOS BELLAS».

El arte no es más que un lenguaje por medio del cual se expresa el sentimiento instintivo, la presciencia de una más grande perfección posible.

57. La cita está tomada del artículo «La novela contemporánea y el movimiento social», publicado en *La Revista Blanca* (Madrid, 15-III-1903). Se encuentra en la sección «Escritos dispersos» del tomo IX de las *Obras Completas* de Unamuno de la Editorial Escelicer, 1966, pp. 844-858. Forma parte de los textos añadidos por Rafael Pérez de la Dehesa. Se trata de una opinión que le pide la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid. Las mayúsculas son de J. Cabrera Díaz.

Desde el momento en que el sentimiento de esta perfección no domina y no inspira más al artista, éste se convierte en un retórico que, no teniendo ya más convicciones, habla por hablar y lanza al aire palabras pomposas pero huecas que no han surgido ni del corazón ni del espíritu.

Sólo el arte vital, el arte que se preocupa de la intensidad, de la integridad, de la potencia y de la belleza de la vida en general, es arte verdadero; únicamente el arte que hermosea, engrandece y hace amar la vida, por lo que ella es buena y por lo que puede ser mejor y más intensa y variada, es arte.

Los que juzgan mala *La Esfinge* por lo que tiene de poco teatral, de simplicidad escénica, de falta de lógica y naturalidad en la técnica de bastidores y bambalinas, no dudarían aplaudir, y aplaudir sinceramente, al hombre de ciencia o al filósofo que desde la tribuna del Ateneo expusiese sus investigaciones y conocimientos con palabra premiosa, sin ropajes literarios, bien persuadidos, sin embargo, de que la oratoria, como todas las artes, ha evolucionado; que ya no es el arte de deleitar y conmover, sino un medio para la exteriorización de las ideas, y que si la oratoria aún es el arte de hablar con elocuencia, se acepta y se halla naturalísimo que quien carezca de aptitudes oratorias apele para la enseñanza, para la educación o para la propaganda, cuando se persigue algo más que recrear y conmover, a ese que ha sido el arte predilecto de los embaucadores y sacamuelas de la política.

Y es que ya la oratoria, como arte, y, por lo tanto, como función social, ha sufrido profunda evolución, hasta el punto de que por todas partes leamos y oigamos la recomendación, repetidísima en todos los tonos, de que debemos cerrar los oídos a la bella palabra de los parlanchines profesionales, despreciar las charlatanerías y los escarceos oratorios, para atender solamente a las ideas; es decir el predominio del fondo sobre la forma, el mismo predominio que los partidarios del arte escénico como recreo y deleite de los sentidos quieren negar en el teatro.

Por lo tanto, la obra de Unamuno puede ser efectivamente mala, porque no haya en ella «enseñanzas y objetivo moral», nunca porque estas enseñanzas y fines no se hayan sujetado, al buscar su exteriorización tangible, [a] tales o cuales moldes técnicos, que varían de nación a nación, de pueblo a pueblo y hasta de individuo a individuo.

González Díaz, hablando del estreno de *La Esfinge*, dice que «el arte es una segunda creación del mundo por el hombre, y para que sea legítimo bástale ser sincero y ser bello».

Hubiera, quizás, dicho mejor: «Bástale ser sincero y ser *moralmente* bello», coincidiendo entonces con la definición de Victor Cousin, que con las mismas palabras ha repetido Unamuno y que es la más generalizada y exacta.

Que Unamuno es sincero en *La Esfinge*, él propio nos lo acaba de asegurar en el banquete que la intelectualidad salmantina le ha ofrecido con motivo del estreno de su drama.

Un periódico de Salamanca dice que el Sr. Unamuno confesó que *La Esfinge* fue escrita por él hace una docena de años, en un mes de *murria*, en el cual, con un chaparrón de tedio, volcó su propio espíritu en las cuartillas que nunca pensó pudieran llegar a ser lo que han sido.

No sabemos si, además de sincero, el arte de Unamuno en *La Esfinge* es moralmente bello; pero repetimos que los revisteros de la prensa local, que presenciaron el estreno, hacen ardientes encomios de la profundidad y belleza del pensamiento.

Br. Corchuelos.

[Tercero] «Notas y apuntes»⁵⁸:

III

Para concluir

Cuanto hemos dicho hasta aquí refiérese al arte en general, como función social, y particularmente al arte escénico, como factor importante en el desenvolvimiento de los problemas profundamente humanos, en la más amplia y elevada significación de esta palabra, que hoy agitan y preocupan a la conciencia universal. Cuanto digamos en adelante irá encaminado a dilucidar un punto que ya indicábamos en el primer artículo: las relaciones que pueden existir entre las rarezas psicológicas de Unamuno, constantemente atormentado por los dolores de la duda, y el estado actual de los espíritus, absortos y vacilantes en presencia del resquebrajamiento y de la ruina de los viejos pilares de la sociedad.

El sabio catedrático explica, en una carta que *El Tiempo* insertó hace pocos días, lo que pudiéramos llamar génesis de sus ideas⁵⁹. La evolución de su mentalidad, que arranca de una devoción cristiana rayana en el misticismo, que se empapa luego en la filosofía de Hegel y Schopenhauer y que termina influenciada por las doctrinas tolstoianas, no ofrece cambios esenciales, sino que presenta facetas de un mismo yo, modalidades de un fondo común pesimista y depresivo.

Y en ese fondo de renunciamiento y de debilidad, que la influencia materna selló en sus orígenes con *huella profunda* e indeleble, tan indeleble y tan profunda que ella le arroja en brazos del hegelianismo –ya entonces desacreditado–, y le acompaña en sus incursiones por el campo de los estudios sociales sin permitirle otro credo que el del anarquismo cristiano y pasivo de Tolstoy y sin lograr nunca racionalizar su fe, aunque otra cosa piense el propio Unamuno; en ese fondo, decimos, busca el rector de la Universidad de Salamanca los materiales de *La Esfinge*, que no es, a juzgar por lo que nos refieren y por lo que conocemos de las escenas publicadas por la prensa, otra cosa que el reflejo exacto de un espíritu dolorido por la incertidumbre, que siente el derrumbamiento de la fe, que busca ansiosamente nuevos asideros para sus innatas aspiraciones y que interroga inútilmente a la esfinge, eternamente muda, impasiblemente impenetrable, acerca de los misterios del ser y del no ser, del origen y finalidad de la vida, como si la vida fuese una abstracción imprecisa y necesariamente precisable y no una realidad tangible que nos solicita a tomarla y a poseerla y a gozarla y a vivirla no tal cual es, sino como nuestra voluntad y nuestro

58. *El Tiempo* (Santa Cruz de Tenerife, 26-III-1909, pp. 1-2).

59. Se trata del artículo «Una carta de Unamuno. Sus ideas», publicada en *El Tiempo* de Santa Cruz de Tenerife (13-III-1909), transcripción del artículo «Principales influencias extranjeras en mi obra», publicado en *La Revista Blanca*.

deseo de vivir la forje y la moldee; mezquina, si nuestro espíritu está enfermo; grande, si nuestra alma es fuerte y sana.

Con tales materiales, la obra de Unamuno no puede tener, aunque lo contrario nos hayan referido los revisteros de la prensa canaria, la belleza y la grandeza morales que el artista sólo logra producir cuando le domina el sentimiento de una más grande perfección posible, cuando le inspira el deseo de engrandecer y ennoblecer la vida.

La Esfinge –nos confiesa su autor– fue escrita en un mes de *murria*: sobre ella cayó, además, un chaparrón de tedio. Así puede exclamar Ángel en el acto III: «Aquí, en las honduras de mi alma, donde se llevan los puros aluviones de la aurora de la vida, aquí llevo siempre el reflejo de la lenta calma de la vida sin historia de mi nativa aldea...», y añadir más adelante: «¡El porvenir...! ¡El porvenir...! ¿Qué habrá en él? Sabes que jamás me deja el terrible espectro de la vida»⁶⁰.

Aún, quizás, podríamos asegurar que *La Esfinge* fue escrita por Unamuno bajo el influjo de un exacerbamiento de sus dolores psíquicos, en uno de esos instantes en que se llora la paz y la dicha muertas, en que se echa de menos la alegría de la niñez y los primeros brotes del entusiasmo juvenil, cuando el alma se hallaba envuelta en el encanto virginal de la esperanza y de la fe...

Ángel es un hombre que rememora el pasado y que al pasado querría volver. Lloro la muerte de sus ilusiones. «Tuve la dicha de nacer en una aldea, rodeado de campo y de aire libre. Así como pude, de niño, desarrollarme en el seno de una sociedad niña también, recibiendo en el fresco verdor de mi espíritu virgen la frescura de aquel lugarejo, transparente y puro si los hay...». Y refiere su «vida sin historia» en la nativa aldea, sus correrías y juegos de chicuelo y las lecciones del inolvidable místico don Pascual; y exclama: «¡Qué días⁶¹ aquellos en que viví de fe!».

Ya el propio Unamuno, si observamos con detenimiento, nos precisa la fecha exacta en que concibió la obra y el estado de su espíritu al crearla. En el banquete de Salamanca ha dicho que *La Esfinge* fue escrita hace aproximadamente doce años. (Tiene que ser, pues, allá por 1898). Véase ahora lo que Unamuno decía en 1902: «Hará cosa de cuatro años (precisamente en 1898 y llamamos la atención sobre esta importante coincidencia de fechas) atravesé una crisis íntima de que sería larguísimo darle detallada cuenta. Fue un periodo de terribles angustias, que reflejé en mi “Nicodemo”. BAJO AQUEL GOLPE INTERIOR VOLVÍ, QUISE VOLVER A MI ANTIGUA FE DE NIÑO»⁶².

Se ve, pues, que Unamuno escribió *La Esfinge* en momentos de crisis íntima, como él mismo la denomina –aunque nosotros la llamaríamos de exacerbación de sus dolores morales–; y la obra tiene que resentirse de la vacilación, de la flojedad mental

60. Transcribe de *La Mañana* (Las Palmas de Gran Canaria, 27-II-1909: «Varias escenas del drama *La Esfinge*, de Unamuno»). En *La Mañana*, al final, en vez de «de la vida», pone «de la nada».

61. La lectura de *La Mañana* es «ideas». ¿Tomaría Cabrera la cita de algún otro periódico, o se trata de la fina intuición de Cabrera?

62. Está citando del artículo «Una carta de Unamuno. Sus ideas» (*El Tiempo*, Santa Cruz de Tenerife, 13-III-1909), transcripción, como se ha dicho, del artículo «Principales influencias extranjeras en mi obra», publicado en *La Revista Blanca*. Las mayúsculas son de Cabrera Díaz.

y del descorazonamiento de un espíritu que no logra renovar su perdida fe, que se halla envuelto en refinado pesimismo.

Ese pesimismo caracteriza toda la labor intelectual de Unamuno. Todo sus escritos son protestas de sinceridad, y en esa sinceridad fundamenta su constante cambio de ideas en todos los órdenes, como si los que poseen y defienden y propagan un Ideal no fuesen también sinceros y como si la misma ciencia, por no mentar la filosofía, pecase de insinceridad cuando formula sus afirmaciones, ampliables por la acción progresiva de los nuevos conocimientos y de las nuevas investigaciones.

Sin embargo, ningún otro español, de los que marchan en primera fila, refleja tan exactamente como Unamuno el estado actual incierto de la conciencia social. La fe tuvo su tiempo; pero la fe tuvo su quiebra, la tuvo en todas sus manifestaciones: quebró la fe religiosa, quebró la fe política. Hasta la ciencia ha tenido su bancarrota. Y hoy se derrumban las creencias todas, aun las más firmes, aun las más arraigadas. Un escritor ha dicho: «Algo se desmorona dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificios cuyos cimientos flaquean. Creíamos en el hombre y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas y ya no osamos afirmarlas. Tenemos miedo de nosotros mismos»⁶³.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las batallas diarias de personalismos, de enconos, de odios y envidias que ponen de relieve todas las vanidades, todas las ambiciones, todas las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba abajo, no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizamos en la conciencia de los creyentes, no hallaríamos sino dudas e interrogaciones. ¿Qué de extraño tiene, pues, que Unamuno mire con desprecio las sectas y los partidos y prefiera el cambio constante de ideas a la posesión de un ideal que se bambolea falto de cimientos? Unamuno tiene, al menos, el mérito de confesar sus incertidumbres, cuando todos persisten en engañarse.

Y es claro; como función social, el arte tiene que expresar esas angustias y esas dudas y esos temores. «Hoy sentimos lo mismo que Job sentía —exclama Federico Balart—. Para iguales dolores, iguales gemidos». *La Esfinge* es, a este respecto, un gemido intenso, como intensa es la angustia de Unamuno.

Br. Corchuelos.

También en Tenerife se hace eco la prensa de la carta de Unamuno a Luis Millares, transcribiéndola en *El Progreso* (23-III-1909), en la sección «Por las islas», bajo el título «Una carta de Unamuno».

63. Está citando frases del artículo de Ricardo Mella, «La bancarrota de las creencias», publicado en *La Revista Blanca*, 1-XII-1902.

SEGUNDA RESEÑA DE FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ:⁶⁴

Antes de presentar la reseña, veamos lo que piensa de la obra de Unamuno y de su reseña del *Diario de la Marina*, en dos fragmentos de cartas personales que le envía al joven coterráneo Luis Doreste Silva a Madrid, el 31 de marzo y el 27 de mayo de 1909, respectivamente:

[31-III]

La obra de Unamuno, estrenada en nuestro teatro hace poco, me pareció rematadamente ñoña, dicho sea con el respeto debido al nombre del autor. No tiene finalidad, ni condiciones escénicas, ni bellezas de lenguaje, ni nada, en fin; es un sermón metafísico en que Unamuno se nos muestra como un espíritu desorientado, y pare usted de contar. Para eso no valía la pena escribir semejante bodrio y mucho menos llamarlo *drama*. Mejor con mucho, más humana, más artística, me ha parecido *María de Brial*, la comedia de los Millares.

He expuesto imparcialmente mi opinión sobre ambas obras en trabajos enviados al *Diario de la Marina*, de La Habana. Si usted lo cree oportuno, le enviaré los números en que se publiquen para reproducir la crítica en *El Globo*.

[27-V]

Pensaba enviarle el artículo crítico que, a propósito de *La Esfinge*, de Unamuno, publiqué en el *Diario de la Marina* de La Habana; pero ya no vale la pena, pues, para abreviarlo, cometieron allá la tontería de suprimir toda la parte crítico-expositiva, con lo cual me *reventaron* el trabajo.

Dice González Díaz en el diario habanero: «Cartas de Canarias» (Para el *Diario de la Marina*):

Las Palmas de Gran Canaria, Marzo de 1909.

[...]

Con interés creciente, con verdadera ansiedad, esperábamos el estreno de *La Esfinge*, primera obra escénica de don Miguel de Unamuno, que había concedido a Las Palmas el honor de ese sensacional estreno y el regalo suntuoso de esa primacía. El acontecimiento hubiera revestido caracteres extraordinarios y solemnes en cualquier parte, porque, tratándose del ilustre rector de la Universidad de Salamanca, cualquier manifestación de su soberana fuerza intelectual interesa, preocupa y aun apasiona; porque

64. *Diario de la Marina* (La Habana, Cuba, 3-IV-1909). Se publicó también en el *Diario de Las Palmas* (6-V-1909), bajo el título «*La Esfinge* de Unamuno. Recuerdos de un estreno», con pequeños cambios y la siguiente introducción: «Nuestro querido amigo y compañero don Francisco González Díaz ha hecho en el *Diario de la Marina*, de La Habana, una extensa reseña del estreno de *La Esfinge* en nuestro teatro. / No obstante el tiempo transcurrido desde aquel suceso que señala una memorable efeméride en la historia artística de Las Palmas, consideramos oportuno reproducir hoy algo de lo que dice el coresponsal del poderoso diario habanero». Compárese esta reseña con «Un acontecimiento» (*Diario de Las Palmas*, 2-III-1909) y véanse las diferencias. Parece, según se verá, que, para acortarla, le suprimieron «toda la parte crítico-expositiva».

tratándose, además, y principalmente, de una evolución artística de su pensamiento imperioso que abandonaba la esfera de las puras especulaciones para lanzarse a la vida agitada de la escena, donde las ideas del filósofo han de hacerse carne de la realidad, esto tenía que constituir un suceso magno.

Las Palmas, pues, dióse perfecta cuenta de lo que el suceso significaba, ofreciendo una prueba más de su cultura. Asistió nuestro público a la primera representación de *La Esfinge* con aquel estado de espíritu, con aquel recogimiento y aquella atención sostenida y profunda que se imponen frente a las obras de los maestros. Iba dispuesto a entusiasmarse; no se entusiasmó ni hubo motivos para tanto, pero guardó una actitud serena y reflexiva, que, lo repito, le honra.

Unamuno autor dramático apenas se distingue, por la muestra, del otro Unamuno que casi nos sabemos de memoria: el Unamuno doctrinal, propagandista y pedagogo por todo lo alto, siempre incierto en sus rumbos intelectuales, siempre aquejado del mal de las vagas teorizaciones y de las pesadillas metafísicas. Nada nuevo nos enseña en *La Esfinge*. Esta obra no parece tener otro objeto sino mostrarnos el naufragio de una voluntad aplastada bajo el peso de un intelectualismo que sólo conduce a la desorientación y al suicidio moral. Desde luego algunos vieron en el protagonista del drama al propio don Miguel, al Ingenioso Hidalgo de una filosofía nebulosa e insegura, eternamente preocupado de los problemas del «post-mortem», perdido entre la balumba de sus ideas y sus doctrinas contradictorias...

* * *

La Esfinge es el nombre con que Unamuno señala a la muerte, ya bautizada por Maeterlinck con el de «intrusa» y por la señora Pardo Bazán con el de «Sirena negra». Me parece que es faltarla al respeto ponerle motes, no llamarla sencillamente «Muerte», con una mayúscula colosal. La compañía de la señora Cobeña eligió para este estreno un día simbólico: quiso lanzarnos al rostro ese puñado de ceniza en el miércoles lúgubre en que la Iglesia nos dice: «Memento-homo...»

¿Es eso una pieza dramática? Falta por completo la acción exterior, y el único personaje que hay en la obra es un hombre sin voluntad... Esos caracteres «sin carácter», aplastados bajo la pesadumbre de las ideas, son humanos, no cabe duda, aunque excepcionales; pero «sus» dramas propios, sus dramas anímicos, desarrollados en elevadísimas esferas de abstracción, a cien mil leguas del mundo efectivo y positivo en que vivimos todos, no nos conmueven ni nos convencen... Son tormentas lejanas, en las cumbres, que no llegan a los llanos, a los valles, y por eso dejan impávida a la multitud incapaz de subir tan arriba.

Además, *La Esfinge* desconcierta y desconsuela. Nos quita toda ilusión respecto al valor moral y social de los super-hombres (yo empiezo por no creer en tales super-humanidades, invento del super-loco Nietzsche), pues si fuesen todos como Ángel, sólo servirían para torturarse y destruirse a sí mismos. Para justificar el derecho a la vida, es preciso vivir; no basta pensar por lo fino, divagar, soñar, cazar paradojas con redes de sofismas, monologar mirando a las nubes, temblar de espanto ante el misterio negro del más allá. Se necesita hacer algo en ella; algo útil a los semejantes, se entiende: algo que se traduzca en verdades «acción».

Como se trata de la obra de un pensador, inútil decir que está bien vestida de pensamiento. Resulta más pensada que escrita; abundan las sentencias trascendentales, de sabor moral y teológico, pero a mí me traían reminiscencias involuntarias de Pascal y del Kempis. El estilo es lujoso, magnífico; recamado de oro, ricamente bordado, se arrastra lenta y pesadamente con la majestad de un manto real.

Sorprenden, por último, en *La Esfinge* las concesiones que hace al viejo convencionalismo escénico un escritor tan revolucionario, tan rebelde contra las imposiciones tradicionales como Unamuno. Ángel, el protagonista de *La Esfinge*, quiere resucitar a Dios en el fondo de su alma devastada y, en el segundo en que [va a] pronunciar las palabras santas de una oración, llaman a la puerta y le quitan el nombre de Dios de los labios; apela más tarde, desesperado, al suicidio, y, en el punto exacto en que va a aplicarse a la sien la pistola liberadora, suena allá dentro, no se sabe dónde, la dulzura de una música que le evoca días dichosos, apacibles y puros, haciéndole soltar el arma.

Francisco González Díaz.

OTRAS NOTICIAS:

El 21 de abril de 1909, A. S. Botella, en el artículo titulado «Cháchara» (*El Tiempo*, Santa Cruz de Tenerife), se refiere con ironía a la creación de un organismo nacional de teatro. En un momento de su escrito en que manifiesta su no creencia en tal idea, dice:

Cinco señores míos han de formar la directiva del nuevo organismo. Dos de ellos serán elegidos por los autores que hayan estrenado... ¿algún terno de lana dulce?... No, señor: una obra en tres o más actos, y... original.

[...] Yo, que no poseo un alma tan sencilla como la codorniz de Samaniego, abrigo en lo más recóndito de mi sensorio un fundado temor.

¿Será Unamuno de los electos?

¿Llevará consigo la esfinge que sembró el espanto de Delfos a Tebas?

Lo sentiría por los miembros de la directiva, que al conocer los oscuros enigmas, dirán: *Graecum est, non legitur*, que traducido al castellano, quiere decir: *la burra tiene sabañones*.

La Opinión de Tenerife (5-V-1909) nos informa del parecer, semejante al expresado por *Petróneo*, del periódico *El Diario de Cádiz*. De camino, este dato nos puede dar una idea de la fecha aproximada del estreno de la obra en Cádiz, seguramente durante el mes de abril de 1909. Dice, bajo el título «*La Esfinge*»:

Como a tantas discusiones se prestó en esta capital la primera obra dramática del sabio Rector de la Universidad Salmantina, Sr. Unamuno, nos parece de oportunidad transcribir el juicio que a nuestro colega *El Diario de Cádiz* ha merecido la expresada producción teatral.

La Esfinge —dice aquel compañero—, comedia de don Miguel Unamuno estrenada anoche en el teatro principal, pertenece al teatro de ideas, al ibseniano, con todos

los simbolismos y fórmulas psicológicas que pueden interesar a hombres versados en el indefinido e indefinible campo de la filosofía moderna.

Ángel pretende ser la representación del espíritu humano atormentado por todo cuanto le rodea, rechazando amistades y familia porque todo le estorba para dominar una idea que le tortura: «ser bueno».

Predica la libertad y no puede sustraerse a la soberbia de la supremacía de su carácter.

Cuando ha arrojado de su casa a la familia y a los amigos, se recluye en la de un amigo en ocasión que hay una asonada en el pueblo que amotinado le mata por creerle traidor.

Cuando agoniza se reconcilia con los que abandonó, siendo sus últimas palabras un himno entrecortado a la sublimidad de los sentimientos de amor y humildad.

No puede interesar este teatro al público en general que va a los espectáculos no a pensar, sino a solazarse y a emocionarse.

El público siguió con algún desaliento aquellas disquisiciones del loco aparente o real.

La ejecución fue para el Sr. Ruiz Tatay, un éxito.

Todavía, en junio de 1910, se encuentra algún eco del estreno de Unamuno. El escritor y periodista Ildefonso Maffiotte publica en el *Diario de Tenerife*, el 23 de junio de 1910, el artículo sarcástico «La mueca del siglo. De Unamuno y su sombra». Recuerda la visita de Unamuno a Tenerife, de paso para Las Palmas de Gran Canaria, y hace valoraciones sobre sus comportamientos. Cita por dos veces *La Esfinge*. Entre otras cosas, dice:

[...] La labor de Unamuno, enmarañada y contradictoria, es una patente indiscutible de buena fe; es la vieja savia que circula pobremente por los esqueléticos ramajes del árbol del Bien y del Mal, decadente y milenarista.

El raro y paradójico doctor no dice ni obra sin estrambote. Nos habla sobre un tema y en un sentido, con una convicción que convence, con una férrea lógica que avasalla... Meses, semanas después, requiere con firme mano tribunicia sus escritos; sostiene con ellos y su conciencia la misma lucha suicida que nos presentó en *La Esfinge*; se combate sin piedad; quita de sus párrafos brilladores todo lo que, con arreglo a su recto juicio de Rector, es cascarón de falsedades, y luego nos presenta la verdad, limpia y cegadora, la única verdad que redime o que anonada, con todo el entero vigor del que ejecuta una grande obra, sin cobardías ni ropajes de fementida literatura... Después hay una batalla muda, sin sangre, entre los repliegues de sombras de su conciencia; se abraza a un Santo Cristo, místicamente, o extiende su brazo doctoral, como un modesto Mesías de la *buena nueva*; viste sus ideas con las mismas galas fementidas, ¡y acaba presentándolas de idéntica manera!, como en un principio. ¡Bravo doctor! [...] Decididamente, D. Miguel no es para este siglo: él, sentado en la presidencia del aula austera y secular, mientras explica su cátedra de Lengua Castellana, atisbará a través del limpio cristal de sus quevedos, creyendo descubrir, entre las rapadas cabezas de sus alumnos, el gesto noble y donjuanesco de D. Félix de Montemar, descreído y reñidor... Después, en el silencio de su estudio, viejo y

grave como la misma Salamanca, garabatea plumadas en las cuartillas de *La Esfinge*, para mendigar de su espíritu acobardado una creencia que juzga redentora, y terminar presentando, infeliz y medroso, su pecho descubierto ante un pueblo famélico de ira, que lo mata cruelmente, sin advertir que sus palabras increpadoras eran dichas mientras ponía un gesto humilde y mendicante de *Ecce Homo*... [...] Ahora va a Las Palmas para oficiar de mantenedor de unos Juegos Florales. Unamuno desprecia a los poetas, según pública confesión. Puede que a estas fechas sea uno de sus más esclavos admiradores. ¿Quién sabe?

¡Quiera Dios que no hable más que de poesía. Si otra cosa discute, ataca o defiente, me temo que no salga muy bien contento de Canarias, porque él no sale contento de ningún lado.

¿Cómo saldrá de Las Palmas?

¡Qué corran las horas!

El periodista José Cabrera Díaz, desde Cuba⁶⁵, aprovechando que Unamuno está en Las Palmas para oficiar de mantenedor de los Juegos Florales⁶⁶, escribe una crónica donde indica que reproduce «algo de lo que dije a raíz del estreno de *La Esfinge* en el teatro de esa Capital». Lo que dijo son los tres artículos que aparecen en 1909 firmados por Br. Corchuelos en *El Tiempo* de Santa Cruz de Tenerife. Reproduce en 1910 parte del tercero, con poquísimas variaciones, siendo una de ellas tratar al rector, que en 1909 era simplemente Unamuno, como Sr. Unamuno.

El Tiempo, Santa Cruz de Tenerife (24-VI-1910, viernes, pp. 1-2): «Unamuno en Canarias. Calamo currente», J. Cabrera Díaz:

Dentro de pocos días, invitado por los organizadores de los Juegos florales de Las Palmas, irá a Canarias –si no está ya en esas islas cuando estas cuartillas se publiquen– el docto catedrático y eximio escritor don Miguel de Unamuno.

Si el elevado concepto de que goza en la intelectualidad española no fuese bastante motivo para que señalemos con piedra blanca esta visita del Sr. Unamuno, sería el hecho de haber honrado al Archipiélago con las primicias de su drama *La Esfinge*. Ninguna ocasión mejor que la presente para decir sobre esta obra y sobre su autor –asaz discutido y zarandeado actualmente por sus extrañas ideas– algo de lo que ya dije a raíz del estreno de *La Esfinge* en el teatro de esa Capital.

El sabio catedrático ha explicado ya, públicamente, lo que pudiéramos llamar la génesis de sus ideas. La evolución de su mentalidad, que arranca de una devoción cristiana rayana en el misticismo, que se empapa luego en la filosofía de Hegel y

65. Allá se exilió el batallador periodista, colaborador de Secundino Delgado, presidente del Partido Nacionalista Canario que se fundó en Cuba en 1924.

66. En el discurso de los Juegos Florales (*La Defensa*, 27-VI-1910), el propio Unamuno recordaba el estreno de su drama con estas palabras: «Antes de ahora me conocéis por haberme representado un cómico (alusión al drama suyo estrenado en el Pérez Galdós) y en este momento me presento de frac, especie de librea que embaraza los movimientos, y el cómico soy yo». Para una sucinta significación cultural de esta venida de Unamuno a Canarias, véase PÉREZ, Bruno. *Unamuno. Una interpretación cultural de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2005, pp. 40-52.

Schopenhauer y que termina influenciada por las doctrinas tolstoianas, no ofrece cambios esenciales, sino que presenta facetas de un mismo yo, modalidades de un fondo común pesimista y depresivo.

Y en ese fondo de renunciamiento y de debilidad, que la influencia materna selló en sus orígenes con huella profunda que ella le arroja en brazos del hegelianismo –ya entonces desacreditado –y le acompaña en sus incursiones por el campo de los estudios sociales, sin permitirle otro credo que el del anarquismo cristiano y pasivo de Tolstoy y sin lograr nunca racionalizar su fe, aunque otra cosa piense el propio Sr. Unamuno; en ese fondo, decimos, busca el rector de la universidad de Salamanca los materiales de *La Esfinge*, que no es otra cosas que el reflejo exacto de espíritu dolorido por la incertidumbre, que siente el derrumbamiento de la fe, que busca ansiosamente nuevos asideros para sus innatas aspiraciones y que interroga inútilmente a la esfinge, eternamente muda, impasiblemente impenetrable, acerca de los misterios del ser y del no ser, del origen y finalidad de la vida, como si la vida fuese una abstracción imprecisada y necesariamente precisable y no una realidad tangible que nos solicita a tomarla y a poseerla y a vivirla, no tal cual es, sino como nuestra voluntad y nuestro deseo de vivir la forje y la moldee; mezquina, si nuestro espíritu está enfermo; grande, si nuestra alma es fuerte y sana.

Con tales materiales, la obra de Unamuno no puede tener la belleza y la grandeza morales que el artista sólo logra producir cuando le domina el sentimiento de una más grande perfección posible, cuando le inspira el deseo de engrandecer y ennoblecir la vida.

La Esfinge –nos confiesa su autor– fue escrita en un mes de *murria*: sobre ella cayó, además, un chaparrón de tedio. Así puede exclamar Ángel en el acto III: «Aquí, en las honduras de mi alma, donde se llevan los puros aluviones de la aurora de la vida, aquí llevo siempre el reflejo de la lenta calma de la vida sin historia de mi nativa aldea...», y añadir más adelante: «El porvenir...! El porvenir...! ¿Qué habrá en él? Sabes que jamás me deja el terrible espectro de la vida».

Aun, quizás, podríamos asegurar que *La Esfinge* fue escrita por el Sr. Unamuno bajo el influjo de un exacerbamiento de sus dolores psíquicos, en uno de esos instantes en que se llora la paz y la dicha muertas, en que se echa de menos la alegría de la niñez y los primeros brotes del entusiasmo juvenil, cuando el alma se hallaba envuelta en el encanto virginal de la esperanza y de la fe...

Ángel es un hombre que rememora el pasado y que al pasado querría volver. Lloro la muerte de sus ilusiones. «Tuve la dicha de nacer en una aldea, rodeado de campo y de aire libre. Así como pude, de niño desarrollarme en el seno de una sociedad niña también, recibiendo en el fresco verdor de mi espíritu virgen, la frescura de aquel lugarejo, transparente y puro si los hay...». Y refiere su «vida sin historia» en la nativa aldea, correrías y juegos de chicuelo y las lecciones del inolvidable místico don Pascual; y exclama: «¡Qué días⁶⁷ aquellos en que viví de fe!».

Ya el propio Sr. Unamuno, si observamos con detenimiento, nos precisa la fecha exacta en que concibió la obra y el estado de su espíritu al crearla. En el banquete

67. La lectura de *La Mañana* es «ideas». ¿Tomaría Cabrera la cita de algún otro periódico, o se trata de la fina intuición de Cabrera?

que con motivo del estreno se le ofreció en Salamanca, dijo que *La Esfinge* fue escrita ha aproximadamente doce años. (Tiene que ser, pues, allá por 1898). Véase ahora algo que el Sr. Unamuno decía en 1902: «Hará cosa de cuatro años (precisamente en 1898 y llamamos la atención sobre esta importante coincidencia de fechas) atravesé una crisis íntima de que sería larguísimo darle detallada cuenta. Fue un periodo de terribles angustias, que reflejé en mi “Nicodemo”. BAJO AQUEL GOLPE INTERIOR VOLVÍ, QUISE VOLVER A MI ANTIGUA FE DE NIÑO».

Se ve, por lo tanto, que el Sr. Unamuno escribió *La Esfinge* en un momento de crisis íntima, como el mismo la denomina –aunque nosotros la llamaríamos de exacerbación de sus dolores morales– y la obra tiene que resentirse de la vacilación, de la flojedad mental y del descorazonamiento de un espíritu que no logra renovar su perdida fe, que se halla envuelto en refinado pesimismo.

Ese pesimismo caracteriza toda la labor intelectual del Sr. Unamuno. Todo sus escritos son protestas de sinceridad, y en esa sinceridad fundamenta su constante cambio de ideas en todos los órdenes, como si los que poseen y defienden un ideal no fuesen también sinceros y como si la misma ciencia, por no mentar la filosofía, pecase de insinceridad cuando formula sus afirmaciones, ampliables por la acción progresiva de los nuevos conocimientos y de las nuevas investigaciones.

Sin embargo, ningún otro español, de los que marchan en primera fila, refleja tan exactamente como el Sr. Unamuno el estado actual incierto de la conciencia social. La fe tuvo su tiempo; pero la fe tuvo su quiebra, la tuvo en todas sus manifestaciones: quebró la fe religiosa, quebró la fe política. Hasta la ciencia ha tenido su bancarrota. Y hoy se derrumban las creencias todas, aun las más firmes, aun las más arraigadas. Un escritor ha dicho: «Algo desmorónase dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificios cuyos cimientos flaquean. Creíamos en el hombre y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas y ya no osamos afirmarlas. Tenemos miedo de nosotros mismos».

Las polémicas ruidosas de los partidos, las batallas diarias de personalismos, de enconos, de odios y envidias que ponen de relieve todas las vanidades, todas las ambiciones, todas las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba abajo, no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquiera. Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizamos en la conciencia de los creyentes, no hallaríamos sino dudas o interrogaciones.

¿Qué extraño tiene, pues, que el Sr. Unamuno mire con desprecio las sectas y los partidos y prefiera el cambio constante de ideas a la posesión de un ideal que se bambolea falto de cimiento? El Sr. Unamuno tiene, al menos, el mérito de confesar sus incertidumbres, cuando todos persisten en engañarse.

Y es claro, como función social, el arte tiene que expresar esas angustias y esas dudas y esos temores. «Hoy sentimos lo mismo que Job sentía –exclama Federico Balart. –Para iguales dolores, iguales gemidos». *La Esfinge* es, a este respecto, un gemido intenso, como intensa es la angustia del Sr. Unamuno.

J. Cabrera Díaz.

Cuba, Mayo 12 de 1910.

DIFICULTADES DEL ESTRENO EN LAS PALMAS

La Mañana, Las Palmas de Gran Canaria, 9-VIII-1910, martes, p. 2: «De teatro», Demetrio Alfonso Carrillo⁶⁸:

[...] Cuando Unamuno nos dijo que aquí teníamos varios problemas a resolver, citó entre ellos el problema de la cultura. Yo creo que uno de los factores principalísimos para la cultura de los pueblos es el teatro. Toda obra teatral tiene alguna enseñanza. Obras hay que enseñan más que ciertos catedráticos.

Unamuno nada dijo de la cultura desde el punto de vista teatral. Seguramente ignora que cuando se estrenó aquí su obra *La Esfinge*, dos horas antes estuvimos a punto de suspender la función porque no había cien pesetas en taquilla, y gracias a una subvención que obtuvimos a última hora no se dio el espectáculo vergonzoso de la suspensión del estreno, tratándose de la primera producción teatral del sabio Rector de la Universidad de Salamanca. Y conste que la hubiéramos suspendido porque la afición literaria no está reñida con el bolsillo [...].

LA ESFINGE EN CÁDIZ

En las revistas y periódicos de Cádiz que he podido ver (pocos, es cierto), sólo he encontrado la opinión del *Diario de Cádiz* que transcribe el periódico de Tenerife citado y una referencia al título en un escrito jocoso. De seguro que alguna publicación le dedicó más líneas a la obra.

En la revista *Diana*, dirigida por Eduardo de Ory, donde era de esperar alguna alusión al acontecimiento, se referencian otras obras, pero no la de Unamuno.

El comentario jocoso apareció en *Por ahí te pudras. Semanario asaz festivo*, (Cádiz, 28-IV-1909, n.º 12, año I, Siglo I, p. 3), bajo el título «Ojeada teatral. Resumen de la temporada», y firmado por el pseudónimo *Sipi*. Se trata sólo de una alusión al título de la obra. Dice:

Con *Las de Caín* ha celebrado Nieves Suárez su beneficio en Madrid, y con *las de Caín* se comenzó esta temporada.

Azucena, la Zagala, Sofronia, la boba discreta y la Neña, la del genio alegre, caminaban por *la escondida senda*, para ver de cerca a *Peláez, el gran tacaño*, en una hermosa *mañana de sol*. Iban a reclamar *los intereses creados como tres en una*; *las solteronas* tropezaron por *carambolas* con *Raffles, el ladrón elegante*, que se prestó a ayudarlas a convencer a *la esfinge*, de buenas o por *la fuerza bruta, regalándoles las flores* a consecuencia de *el flechazo* que una de ellas le disparó por sus ojos.

La madre les salió al encuentro, y al ver que ellas reclamaban la *media pava*, púsose por *las nubes*, y como *de pequeñas causas*, nacen grandes efectos, sobrevino un *drama en cinco minutos*, que *los búhos* se encargaron de desenlazar felizmente, porque la noche se venía encima y se pudo armar *la de San Quintín*.

68. El artículo se publicaría un mes más tarde en *Diario de Tenerife*, 10-IX-1910.

El beneficio de Carmen Cobeña ha sido una prueba más del cariño que el público gaditano siente hacia la distinguida artista, que durante quince noches consecutivas ha llenado el teatro, dando prueba de exquisito gusto artístico y literario.

Ovaciones y regalos fuéronle ofrecidos a la señora Cobeña, por la sublime interpretación que supo dar al delicado personaje del drama de Rusiñol *La madre*, obra que ya aplaudimos *a rabiar* en la corta temporada anterior.

Los demás se esforzaron en el buen desempeño de sus respectivos papeles.

Para hoy se anuncia la despedida de la Compañía con *La de San Quintín*, la hermosa comedia de Galdós; dejando grato recuerdo en los aficionados al arte escénico y debiendo anotarse como más sobresaliente el trabajo de la señorita Villabona, discretísima dama joven de la Compañía, y los señores Ruíz Tatay, Comes y Manso, que son unos actorazos.

Los demás han cumplido todos muy a satisfacción, sobresaliendo algunas obras.